

EL
MUNDO
ILUSTRADO

TOMO II

1898

Z-3943

Z - 3943

EL MUNDO.



MEXICO.



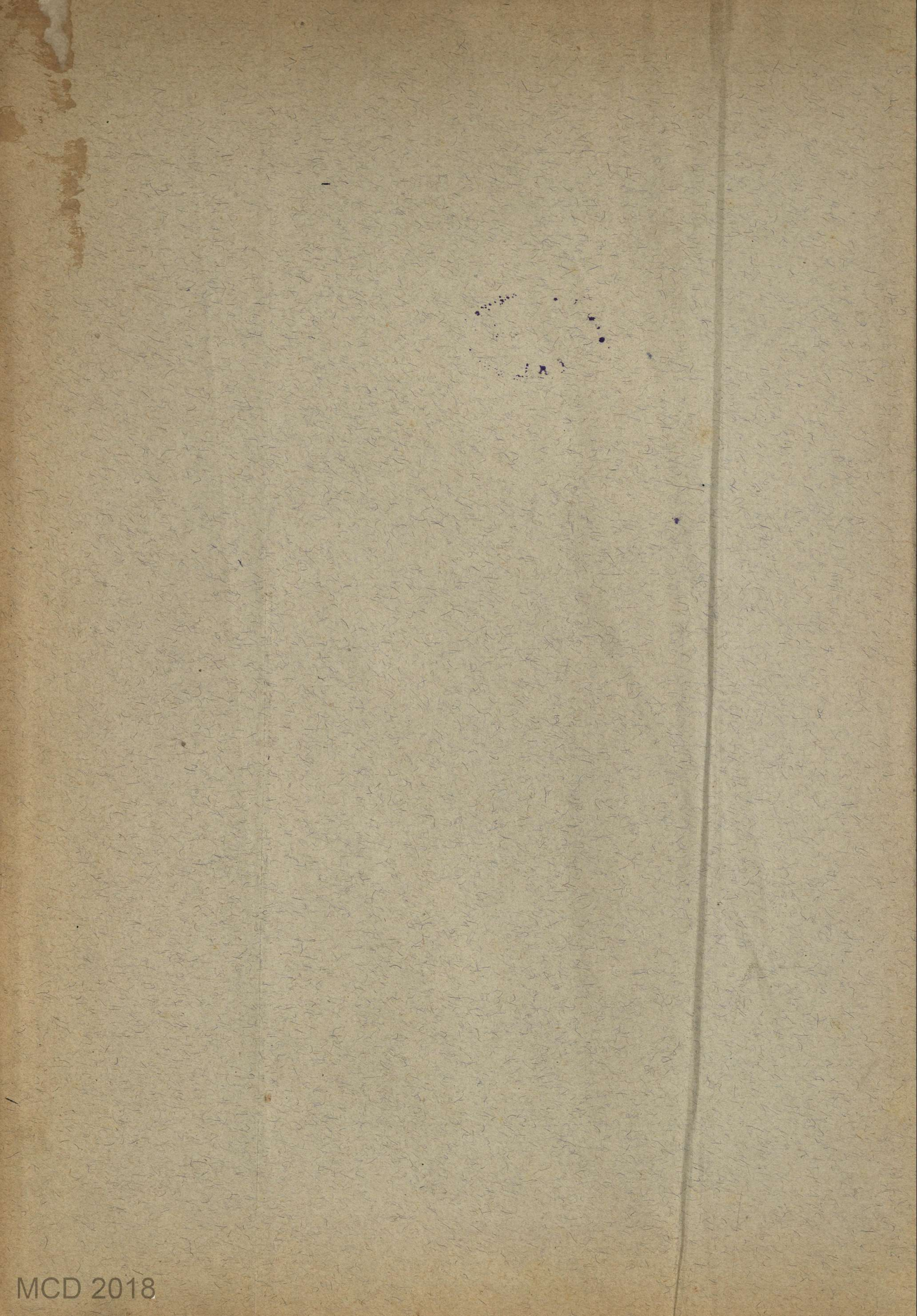
HN22
0406



~~Z-R-3555~~

Z-3943





EL MUNDO.

TOMO II.

MEXICO, JULIO 3 DE 1898.

NUMERO I.



Paris.—Las carreras de Longchamp el día del "Gran Premio" (Grand Prix)

LA SEMANA

SUMARIO.—Mesalina enamorada.—Amor y muerte.—La terrible expiación.—Idilio mormón.—Patriarca y Suf tán.—La felicidad fuera de la ley.—Despotismo conyugal.—Muerte por celos.—La vida por una bicoca.

¡Con que también las mesalinas aman! ¡Con que también en el fondo de ese antro obscuro é impregnado de miasmas que cava la abyección en el corazón de la mujer impura puede brotar la flor blanca de un amor leal y sincero! ¡Con que del fango hediondo del vicio puede evaporarse una gota de ese rocío divino que se condensa en lágrimas de ternura y de dolor! No es posible dudarle y la crónica diaria nos presenta una prueba objetiva, palpable, de ese hecho paradójal en apariencia, real y positivo en el fondo.

Una mujer perdida encuentra en medio de una orgía á un joven, apuesto y arrogante, y lo ama. Lo ama con todo el ímpetu de quien nunca ha sido amada, con toda la ternura de quien no ha sido objeto de ella, con toda la vehemencia de quien no ha sabido sino odiar y despreciar, con toda la abnegación y el sacrificio de quien sólo ha sabido lucrar y especular, de quien no cuenta las caricias sino las monedas y de quien está habituada á no medir lo que vale un hombre, sino por el peso y el volumen de su portamoneda.

En aquel amor ardiente, sincero, abnegado, se refugia la infeliz depravada como en el oasis el peregrino de los arenales; allí encuentra sombra, frescura, reposo; linfas purísimas en que calmar su sed, ondas tibias en que lavar sus impurezas. Desde que ama, vive: horizontes nuevos y risueños se abren ante su vista; un cielo azul y poblado de estrellas la cubre con su bóveda constelada; el mundo y sus miserias, la abyección y sus horrores, la conciencia atormentadora de sus vicios, todo se borra y se disipa en el exterior, como se esfuma y desvanece en el espíritu. Es feliz; y su paraíso, su regeneración, su felicidad será la eternidad de aquellos instantes, los únicos dulces, los únicos puros, los únicos grandes de su vida.

Pero aquella felicidad es un escándalo, aquella dicha una afrenta á la virtud. No tiene derecho á ser feliz quien vende sus caricias, quien se revuelca en el vicio, quien ha defraudado su pureza al sér amado; y la muerte, la eterna vengadora, allí al amante para castigar á la amada.

Aquella mujer ha soportado todo: horfandad, miseria, ultrajes, menosprecios; ha descendido impávida todos los escalones de la degradación y de la infamia; ha visto sin pestañear las impudicias más repugnantes, los desenfrenos pasionales más odiosos; los hombres se han ensañado en ella, ha sido el bufón á quien se mofa, el juguete que se rompe y se tira, la joya que se machaca y se vende; ha descendido de la categoría de persona á la de cosa. Hubiérase creído que nada le quedaba que ver ni que sufrir y que, como á la mujer de Loth, la había convertido en estatua de sal el espectáculo de Sodoma ardiendo.

Pero aún le estaban reservados dolores más punzantes y tormentos más atroces; hay algo más cruel que ser desgraciado: haber sido feliz. Ella lo fué un momento, un instante fugitivo que no volverá y en la desolación de su soledad, en la amargura de la dicha evaporada, en el infierno de un paraíso perdido, clama á gritos: ¡Su recuerdo me mata! y se da la muerte.

No sé si Manón ó Marión son más dignas de lástima; pero sí que el suicidio de Matilde es más dramático.

*
*
*

Al lado de la tragedia el idilio; un idilio patriarcal y mormón. Un sultán curtidor, un favorita, tres odaliscas, anidan sus amores en una modesta casita del barrio de la Palma y viven felices, contentas, descuidadas. Un orden completo, una armonía perfecta, una paz octaviana, y no varsoviana, reinan en aquel harem. Verdad es que no impera ahí el lujo; no brotan en las fuentes de mármol surtidores perfumados; no hay tapices de Persia, ni muelles almohadones, ni divanes orientales; no arden los perfumes en los esbeltos pebeteros; no reinan en las fachadas los coloridos ventanales; las esclavas nubias labradas en ébano, no recaman de joyas los dedos, los brazos, los cuellos de las imperiosas odaliscas; pero en cambio no veían enucos semisalvajes sobre la virtud de las amadas del sultán; no brillan los yataganes de la guardia etiope; no cierran el paso las macisas y pesadas rejas que aislan del mundo aquel paraíso. Todo se ha arreglado de

común acuerdo, razonable, voluntariamente, sin las brutalidades de la violencia y bajo un pié de enternecedora igualdad.

La favorita, que lo es por todo lo alto, puesto que es la esposa legítima, por lo religioso, por lo civil y hasta por lo criminal, ha sellado el pacto de dividir la ternura de su esposo, demasiada acaso para una sola mujer, con las otras tres sultanas y perdida en algún protocolo de notario, debe existir la minuta de un contrato que *rara avis*—todos han cumplido como buenos hasta el último momento.

El sultán curtidor, hombre de trabajo en casa y fuera de ella, ha querido llevar su lealtad y su buena fé hasta más allá de la tumba y en su testamento, porque acaba de morir, nombra un albacea encargado de distribuir por igual entre sus viudas las rentas de unas casitas que constituyen el fundo hereditario. Los ojos de Birgham Young, el patriarca mormón, se hubieran rasado de lágrimas ante tan tierno y patético espectáculo y ante tan alagüeño resultado de su filantrópica propaganda.

En estos momentos reina una gran efervescencia en el barrio de la Palma, en donde el difunto había vinculado su harem. Un activo movimiento de propaganda y de candidaturas se percibe en la localidad. Qué diablo! heredará dos casitas de vecindad y tres mujeres á la vez, jóvenes, ricas y guapas, es para poner en movimiento á los ahorcados de bronce que hacen centinela á la entrada de la Reforma y para hacer galopar al caballo de Carlos IV. La candidatura más seria es la de un tal Tiburcio, jicarero de «El Triunfo de la Tambora», de donde el patriarca y sus odaliscas eran clientes, y que es hombre robusto y guapo, capaz de beberse las casitas y de comerse á las sultanas. No tiene más competidor que Néstor, el que en una batea instalada en el guardacantón de la esquina, vende cigarros de marihuana, ex-proveedor del *nargilieh* del harem. Es e parece capaz de beberse casitas y sultanas y de fumarse á todo el barrio.

*
*
*

Este ejemplo quisiéramos haber presentado en tiempo hábil á la esposa irreflexiva y violenta que se hirió de muerte en días pasados, con el fútil pretexto de que su marido llegó á comer á las tres de la tarde en vez de á la una, con la circunstancia agravante de ser la primera vez que tal cosa le sucedía.

El reloj es el más encarnizado enemigo del matrimonio; sin esas arbitrarias divisiones de *el día* y de la noche y sin las no menos arbitrarias subdivisiones de *la una, las dos, las tres, etc.*, el noventa por ciento de los matrimonios desavenidos vivirían en la más perfecta paz y en el seno de una verdadera felicidad. La esposa de un amigo mío lo interpeló en una ocasión en estos términos: O vienes temprano ó ¿qué sucede?—Mi amigo, ex-alumno de lógica, reflexionó y contestó: Pues hija, si no vengo temprano, tendré que venir tarde.—Insolente! cínico! mal marido! y luego: furia, arañazos, lágrimas y el divorcio. ¿No es evidente que sin la fantástica distinción entre *temprano* y *tarde* y sin la inexorable lógica de mi amigo, ese matrimonio viviría aún contento y feliz? Las mujeres no quieren convencerse de que siempre es temprano para llegar á casa cuando se ha de ser mal recibido; de que el marido á quien se regaña por que llegó tarde, jamás quiere llegar temprano, de que los hay que mal recibidos á las ocho, procuran llegar á las nueve, luego á las diez y así sucesivamente, para aplazar el disgusto habitual; y que con extremar sus exigencias se exponen á la jugada que hizo á su mujer aquel taimado que llegó al amanecer á su casa:—¿Por qué llegas tan tarde? le pregunta su cónyuge—¿Pues qué, querías que llegara más temprano? Si apenas amanece.

Someto á las meditaciones de mis lectoras casadas esta anécdota: Un gitano pretende entrar á un templo; un policía le cierra el paso con la frase sacramental:—No se permite entrar—Yo no entro—dice el gitano—yo salgo de la calle.

Mutatis mutandis, el cuento es aplicable á los maridos que llegan tarde. Es, en efecto, de evidencia sensible que un hombre que llega á su casa á las doce de la noche, llega tarde si se atiende al día en cuestión; pero es también indudable que llega temprano relativamente al día siguiente. Si su esposa le exige que llegue temprano, él puede alegar que se ha anticipado á los deseos del día siguiente y que no es punible esa anticipa-

ción. De la misma manera un marido que llega temprano á su casa el día de hoy, á las seis de la tarde demos por caso, tiene un retardo de diez y ocho horas respecto al día anterior. Quien llega temprano hoy ha llegado tarde respecto de ayer y quien llega tarde hoy ha llegado temprano respecto de mañana. Si el hecho es punible, lo es tanto en quien llega temprano como en quien llega tarde; todo es cuestión de puntos de vista. Pero las malas esposas hacen de esa entidad metafísica, de esa pura palabrería del temprano y del tarde un *casus belli*, é incurrir en la torpeza de encerrar su felicidad entre las tapas del reloj. Un poco de reflexión sobre la continuidad del tiempo y lo arbitrario y convencional de sus divisiones, daría más solidez al lazo conyugal. En Italia el matrimonio periclitá y se disuelve y se carrompe porque los italianos cuentan las horas corridas desde una á veinticuatro y ya se comprende la iracundia de las mujeres cuyos maridos reintegran á las diez y seis ó á las diez y ocho al domicilio conyugal.

Yo creo que el mal se podía atenuar contando las horas por series más reducidas, por ejemplo, de seis en seis. ¿Habría entonces mujer que pretendiera que su marido llega tarde cuando llega á las seis, todo lo más? Sometemos esta solución á los moralistas y á los legisladores. Va de por medio el orden social.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—SETENTA DIAS DE LUCHA.—LOS APRESTOS BÉLICOS.—TRESCIENTOS MIL COMBATIENTES.—LAS ENERGÍAS DE UN PUEBLO.—LLAMAMIENTO AL PATRIOTISMO.—MOMENTOS DE ESPECTACIÓN.—EN SANTIAGO DE CUBA Y EN MANILA.—LA CRISIS SE APROXIMA.—AUXILIOS QUE NO LLEGAN.—LA HORA DEL COMBATE SE ACERCA.—MOMENTOS DECISIVOS.—¿QUIÉN SERÁ EL VENCEDOR?—CONCLUSIÓN.

Setenta días há que Mc Kinley, oyendo las reclamaciones populares y cumpliendo con las decisiones del Congreso americano, tomadas definitivamente en ambas Cámaras, dirigió al Gobierno de España el ultimatum pidiendo la desocupación de la Isla de Cuba, para que el pueblo cubano se constituyera en Estado libre, conforme á su deseo.

Setenta días han pasado, y si fuéramos á narrar los diversos acontecimientos que se han desarrollado en el teatro de la guerra, si fuéramos á enumerar cada uno de los episodios que han tenido lugar, habríamos de llegar á conclusiones que nos apartarían de la actitud que hemos asumido. Bastará señalar á grandes rasgos los acontecimientos más salientes, para formar juicio cabal.

Teniendo á su disposición abundantes elementos, un tesoro rebosante, una reserva de energías extraordinarias, el gobierno americano ha ido preparando lentamente su material de guerra, y sin precipitaciones, sin atropellamientos, lo ha lanzado poco á poco también, en el campo de las operaciones. A la primera proclama del Presidente llamando bajo las banderas á ciento veinticinco mil voluntarios de todos los Estados y territorios de la Unión, siguió después el llamamiento de otros setenta y cinco mil unidos al ejército regular puesto en pié de guerra y aumentado por nuevas leyes de organización, que elevan el contingente de la fuerza armada á una cifra muy poco inferior de trescientos mil hombres. Entretanto, los arsenales y maestranzas han sido el sitio de incansable actividad, por todas partes se nota el febril movimiento de los obreros, las fábricas producen en incesante corriente materiales de guerra, armas, pertrechos, municiones y equipos; en todos los ámbitos de la Unión se abren las listas de conscriptos, se organizan regimientos, se levantan batallones que concurren á los campamentos del Sur á toda prisa, para recibir instrucción militar, ejercitarse en maniobras, y ponerse listos para el combate en las abrasadas tierras de las Antillas.

Cerca de dos meses tardó en formarse la primera expedición activa, que al mando del General Shafter desembarcó en las cercanías de Santiago de Cuba. Después del primer contingente de diez y seis mil hombres, nuevos refuerzos han

llegado casi diariamente, y hoy el cuerpo expedicionario, fuerte de más de veinte mil hombres, se acerca paso á paso sobre Santiago de Cuba, que lo protegen una guarnición aguerrida, fortificaciones artilladas y la escuadra al mando del almirante Cervera.

**

Después de la violenta victoria alcanzada por el Comodoro Dewey sobre la escuadra de Montejó en las aguas de Manila, el pabellón americano ha ondeado sobre las fortificaciones de Cavite; el puerto y el arsenal han sido desde entonces base de operaciones de las fuerzas americanas, y los agentes sembrando la inquietud, repartiendo armas, alentando á los jefes y cabecillas de la mal sofocada revolución, han levantado formidables huestes, que al mando de Aguinaldo, amenazan por tierra la capital del Archipiélago, en tanto que la escuadra vencedora tiene bloqueado el puerto, cortadas las comunicaciones con la Metrópoli, vigilando la llegada de socorros, y coloca en situación difícil al General Augusti, Gobernador Civil y Militar de Filipinas.

Pronto los refuerzos que partieron tiempo ha de San Francisco California, llegarán á la bahía de Manila, y con tropas de desembarco, repuestas sus municiones, repletas de carbón las carboneras de los buques, con el auxilio eficaz de los insurrectos que se congregan al derredor de los muros de la ciudad en innumerables legiones, podrá intentar un golpe decisivo sobre la capital bloqueada por mar y sitiada por tierra.

**

Entre tanto España no ha quedado inactiva. Ha llamado en su auxilio todas sus potentes energías de otros tiempos, se han abierto suscripciones públicas, por todas partes la prensa, el púlpito y la tribuna, ha excitado á las masas populares para que se apresten al combate; la lira misma encuentra los sonos olvidados de Tirteo y las estrofas palpitantes de Quintana, para enardecer de patriotismo los pechos de los ciudadanos. Las Cortes españolas no han escatimado al Gobierno ninguna de las autorizaciones que ha pedido, se han votado después de ligera discusión los presupuestos de guerra ordinarios y extraordinarios; se ha visto actividad febril en los arsenales y movimiento inusitado en los establecimientos militares de construcción; se ha acudido á las fábricas extranjeras para surtirse de artillería moderna y de modernos proyectiles. Organizada una flamante escuadra al mando de un Almirante hábil, tras movimientos estratégicos de todos alabados, después de una travesía difícil por entre las escuadras enemigas, llegó sin novedad á las playas cubanas, donde desgraciadamente numerosos buques le han sujetado á una inactividad desesperante. El rápido andar de los cruceros españoles pudo burlar y evitar el encuentro de las naves de Schley y Sampson, llevándolos á un punto abrigado por poderosas fortificaciones y libres de cualquier golpe de mano por las condiciones estratégicas de la bahía.

Las plazas más importantes; las posiciones más aceptables, han sido fortificadas ó reforzadas todo á lo largo de las costas lo mismo en Cuba que en Puerto Rico. Se han concentrado las fuerzas en las principales poblaciones, para oponer firme, tenaz y heroica resistencia á las huestes invasoras. La capital de la grande Antilla se ha convertido en una formidable plaza de guerra, capaz de resistir ataques combinados por tierra y por mar; San Juan de Puerto Rico está en condiciones no muy inferiores á la Habana, y por todas partes se hacen aprestos para mantener incólume la autoridada de España sobre las colonias.

Y allá van las tropas americanas al mando de Shafter venciendo las dificultades del terreno, avanzando paso á paso desde Guantánamo y Baiquirí, hasta cerca de Santiago de Cuba, donde se concentran hoy todas las miradas, en donde se espera una batalla formidable que puede ser decisiva en el porvenir de la guerra. Allá va también el Gral. Pando procedente de Manzanillo á marchas forzadas con una poderosa columna, en auxilio de Santiago amenazado por tierra por insurrectos y americanos, y por mar por las escuadras combinadas de Schley y de Sampson.

De un momento á otro nos puede comunicar el cable el choque formidable de los ejércitos. ¿Quién vencerá en la tremenda lucha?

**

De Cádiz ha partido la escuadra de reserva al mando del Almirante Cámara; pronto cruzó las aguas del Mediterráneo y llegó á Puerto Said; pero según anunció el cable, las autoridades se han negado á proveer de carbón á los buques españoles, mientras el Cónsul americano, por una maniobra mercantil, se apoderó de todo el carbón existente en la plaza. Detenido en su marcha, el Almirante español, es difícil que continúe rumbo á Filipinas á librar al Gral. Augusti de su difícil situación.

Si lograra enderezar su rumbo, ya se anuncia como posible la formación de una escuadra volante en aguas americanas, que marche á toda prisa hacia las costas españolas á bloquear algunos puertos que quedan ahora sólo al abrigo de sus fortificaciones.

paso encuentren. España y Estados Unidos seguirán luchando, la tierra tropical de las Antillas se empapará en sangre española y americana antes que pueda lucir el iris venturoso de la paz. Aun tendremos que presenciar el horrendo espectáculo de un pueblo civilizado exigiendo con la arrogancia del vencedor, los honores de la victoria.

Qué triste y qué sorbido es el cuadro que nos presenta este fin de siglo, con el choque de dos razas, el encuentro de dos aspiraciones y el cruzamiento rudo de dos pueblos que por su historia han merecido bien de la civilización y de la humanidad.

X. X. X.

México, 1º de Julio de 1898.



CIGARRERAS DE MANILA SALIENDO DE LA FÁBRICA «MARIA CRISTINA»

**

La guerra entra en un nuevo período de actividad; grandes acontecimientos se esperan en un próximo porvenir. Para suavizar sus tremendos efectos, para evitar mayores sacrificios, para cicatrizar á la brevedad posible las heridas abiertas en las dos potencias beligerantes, apenas iniciada la lucha, acaba Lord Salisbury de hacer un llamamiento á la paz: Es la primera vez que se oye una voz autorizada entre las potencias extranjeras, en este sentido. Mucho se ha hablado de intervenciones pacíficas de los gabinetes, de tendencias conciliadoras de los soberanos; hasta hoy es la primera vez que se sabe algo concreto, y es por la boca del primer Ministro de Inglaterra, hoy aislada, apartada del concierto general de las Potencias, puesto por su política tradicional, lejos de donde se forman las alianzas y donde se acuerdan los tratados de paz y de amistad.

Entretanto no haya una batalla decisiva que incline de una manera eficaz de uno ú otro lado el fiel de la balanza, no creemos que los gobiernos de los beligerantes, den por ahora oído á ninguna sujeción en este sentido. Como los cuerpos lanzados en el espacio por una fuerza propulsora no pueden suspender su movimiento en virtud de la inercia, aun cuando se agote la fuerza inicial, así también los pueblos tampoco pueden detener sus movimientos de combate antes de haber agotado esa fuerza inicial, ó de encontrar el equilibrio en virtud de las resistencias que á su

Las grandes batallas navales

I TRAFALGAR.

Una de las batallas navales más famosas en el mundo entero es la de Trafalgar.

El día 29 de Septiembre de 1805, Lord Nelson, á bordo del buque almirante *Victory* acompañado por el *Ajax*, el *Defiance*, el *Agamemnon* y el *Euryalus* se incorporó á la flota inglesa mandada por el Almirante Collingwood, frente al puerto de Cádiz, en caya bahía anclaban las flotas combinadas de Francia y España.

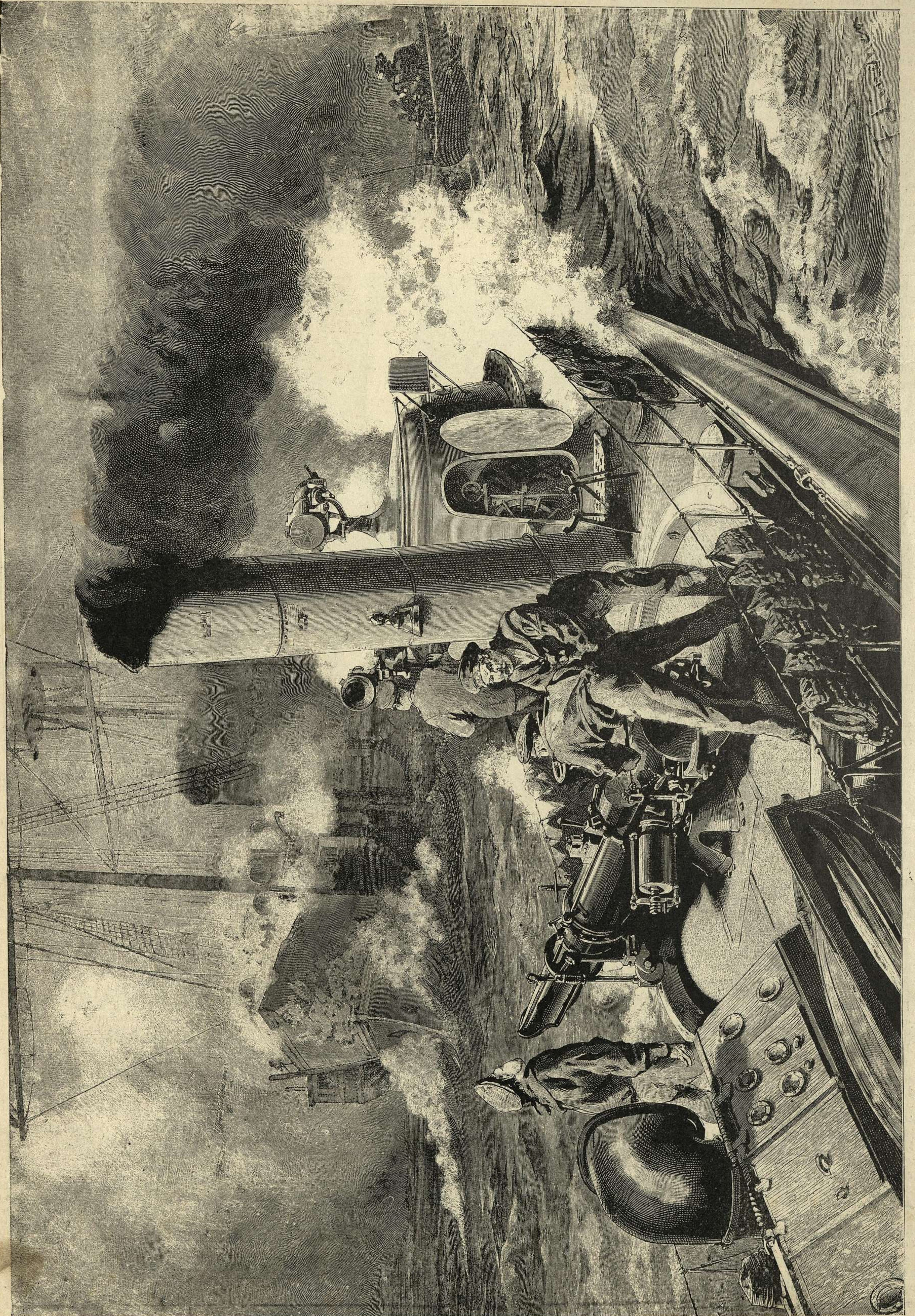
Las fuerzas navales inglesas estaban constituidas por veintisiete buques, seis de los cuales habían sido enviados á Gibraltar para traer agua y provisiones y entretanto el resto de la flota tomó rumbo al poniente, alejándose quince millas.

A las dos de la tarde del 19 de Octubre tuvo noticia Nelson de que el enemigo se hacía á la mar. Toda esa noche navegó la flota inglesa en dirección SE y al rayar el alba llegó á las puertas del Estrecho de Gibraltar sin dar alcance á los buques que formaban las escuadras combinadas franco-españolas. A las siete de la mañana una fragata avistó al enemigo hacia el Norte, y sin tardanza ordenó Nelson la persecución.

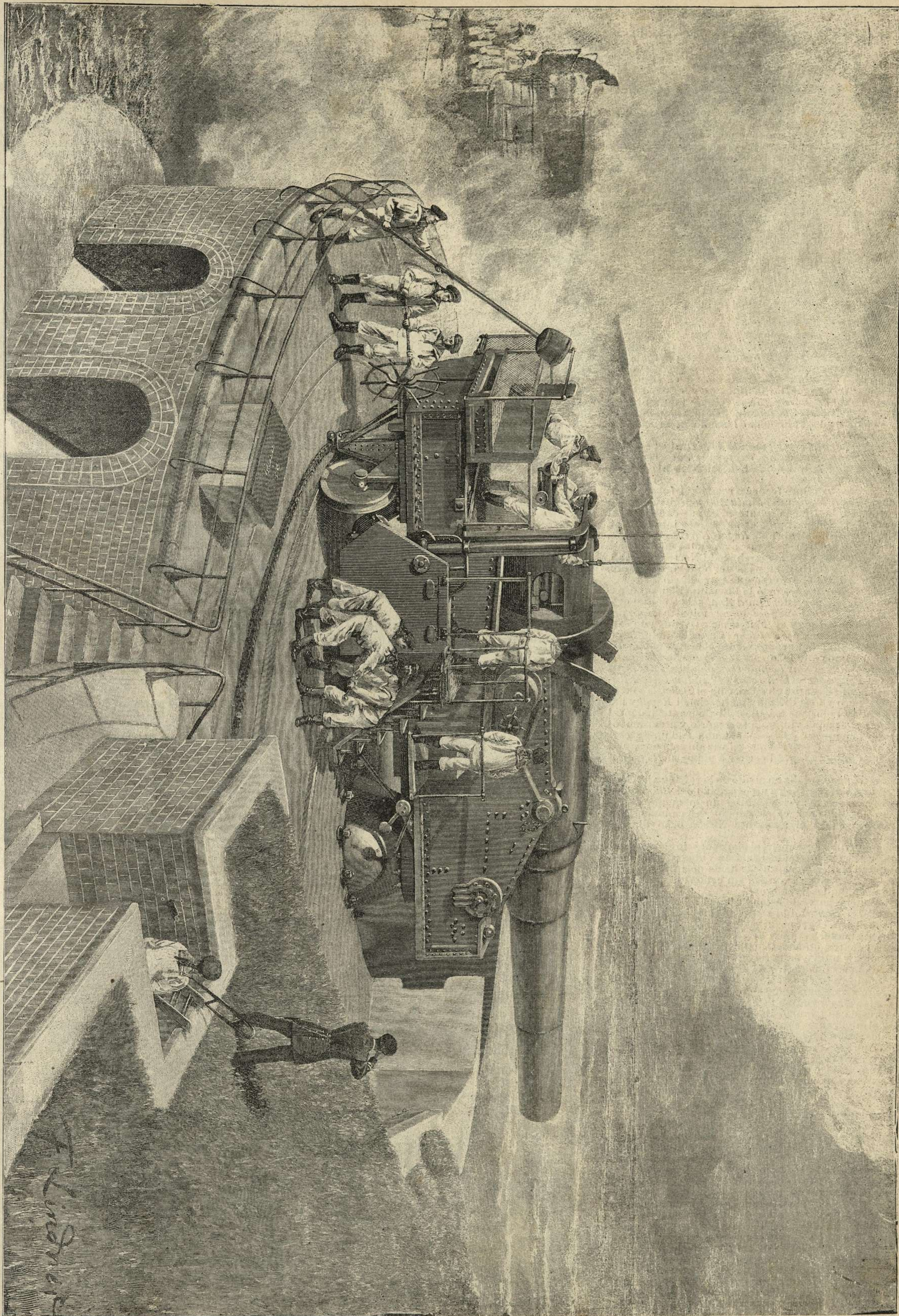
Hasta la madrugada del 21 no pudieron ser vistas distintamente desde el «*Victory*» las escuadras combinadas.

Aparecían en línea cerrada de combate por el lado de estribor, como á doce millas á sotavento en dirección al Sur.

El Almirante francés, M. Villeneuve, había formado las flotas en doble línea, cada buque á distancia de un cable del que le seguía. Sus fuerzas consistían de



EPISODIOS DE LA GUERRA NAVAL. — LANZANDO UN TORPEDO.



LA DEFENSA DE LAS COSTAS. — UNA BATERIA.

treinta y tres buques de línea y siete grandes fragatas, teniendo por lo mismo sobre los ingleses la superioridad del número, y además la que resultaba del mayor tamaño y tonelaje de sus embarcaciones. Había a bordo de ellas cuatro mil combatientes, entre los que estaban algunos de los mejores tiradores del Tírol. El vice-Almirante Villeneuve mandaba en jefe las flotas combinadas estando la española a las órdenes del Almirante Gravina.

Nelson observaba atentamente al enemigo que biró hacia el Norte, formando su línea a babor, lo que daba por resultado que se interpusiesen a los ingleses los bajos de San Pedro y Trafalgar, teniendo a su vez los franco españoles abierto el camino para la bahía de Cádiz. A favor de una brisa ligera que soplaba del S. O. los ingleses navegaron a toda vela.

Por fin a las 6 y 40 minutos dió Nelson la señal de preparar la batalla formando sus buques en dos columnas. Las flotas formaban una media luna con su convexidad a sotavento, de tal manera que los ingleses tenían tanto la vanguardia como la retaguardia del enemigo bajo sus fuegos.

El almirante Villeneuve estaba a bordo del *Bucentaur*, cerca del centro y Gravina llevaba su insignia en el *Príncipe de Asturias*, a la retaguardia; pero los buques de las dos escuadras ocupaban lugares indistintos, sin una línea de demarcación por nacionalidades.

Nelson con el *Victory* llevaba la columna de barlovento y Collingwood en el *Royal Sovereign*, dirigía la de sotavento. El almirante tenía que la flota adversaria pudiese ganar la bahía de Cádiz que tenía en frente y no muy lejos de él, y para prevenir esto comunicó al vice almirante Collingwood el siguiente mensaje: "Quiero cortar la línea de vanguardia del enemigo para impedirle que se refugie en Cádiz."

A las 11 y 40 ondeó la famosa bandera con la señal que se había adoptado como lema de la armada inglesa:

"*England expects every man to do his duty*" que fué saludado con aclamaciones en toda la flota, recibiendo los soldados, que confiaban en Nelson, como un augurio de victoria.

El *Fougueux*, buque francés, rompió el fuego; ocupaba un lugar a popa del *Santa Ana* y probablemente sólo trataba de fijar la puntería de sus cañones. Al momento el *Santa Ana* y otros buques iniciaron un fuego nutridísimo sobre el *Royal Sovereign* y el *Belleisle* que ocupaban puestos avanzados en la lucha, pues como Nelson había marchado al Norte con su columna, para estorbar el paso del enemigo a Cádiz, Collingwood fué el primero que entró al combate.

El *Royal Sovereign* cortó la línea de Villeneuve, pasando bajo la popa del *Santa Ana* sobre el que descargó todos sus cañones de babor, mientras que por estribor hacía fuego al *Fougueux*. Después de esto hizo una maniobra para atacar la proa del buque español, sosteniendo durante veinte minutos el empuje de cinco navios que le disparaban simultáneamente: el *Santa Ana* y el *San Leandro* por delante, y por otros lados el *Fougueux*, el *San Justo* y el *Indomtable*. Afortunadamente llegaron en su auxilio el *Belleisle* y otros buques, pero ya estaba muy maltrecho el *Royal* y había perdido todos sus mástiles. El almirante llamó al *Euryalus* para que viniera a sostenerlo y precisamente en ese momento destruyó con una andanada certera al buque adversario que tal vez sin esta oportuna descarga hubiera logrado echar a pique al *Royal Sovereign*.

Ya el *Victory* estaba en medio de la refriega habiendo recibido desde luego un cañonazo del *Bucentaur* que le hizo serias averías. Hubo un momento de silencio seguido por el estampido del cañoneo que rompieron sobre el almirante Nelson ocho buques enemigos.

No pudiendo descubrir el almirante inglés en qué lugar estaba el buque insignia de Villeneuve, ordenó al capitán Hardy que siguiese hacia delante pasando junto al *Santisima Trinidad* sin contestar los disparos de los buques enemigos.

Una buena parte de éstos se lanzó sobre el *Victory* mientras el *Santa Ana* y sus auxiliares seguían luchando contra el grupo dirigido por el *Royal Sovereign* y de esta manera la flota de los aliados se dividió casi en su centro, quedando catorce buques a vanguardia y diez y nueve en la retaguardia, a una milla de distancia más ó menos.

Había llegado ya el *Victory* a medio kilómetro del enemigo sin disparar un sólo cañonazo, no obstante que sus velas pendían hechas girones y cincuenta hombres de su tripulación estaban muertos ó heridos; pero el almirante esperaba con paciencia su turno, viéndose al fin su buque envuelto en una lucha terrible por un lado con el *Santisima Trinidad* y el *Bucentaur* y por el otro con el *Redoutable*.

Cuando el *Victory* guió su proa sobre el *Bucentaur* el *Temeraire*, al hacer una maniobra, para dejar libre al buque insignia inglés junto al cual combatía, se encontró acosado por el *Redoutable*, recibiendo una andanada que le derribó el palo de mesana; el *Temeraire* no pudo contestar porque sus fuegos hubieran podido dar sobre el *Victory*, así es que pasó de largo y trabó combate con el *Neptune*. Llevados por la corriente y al impulso de la brisa el *Victory*, el *Redoutable* y el *Temeraire* se juntaron en un grupo compacto, del que vino a formar parte el *Belleisle* atacando al *Temeraire* con la intención ostensible de abordarlo; pero éste se defendió con tal impetu que el *Fougueux* quedó a merced de su adversario.

Viendo los oficiales del *Victory* el peligro inminente de un incendio ocasionado por los disparos que hacían sobre los buques enemigos, así como la posibilidad de que los proyectiles pasaran hasta caer sobre el *Temeraire*, ordenaron que se redujeran las cargas de pólvora y que sus artilleros arrojaran cubos de agua sobre el *Redoutable*, inmediatamente después de haberle lanzado cada cañonazo.

A eso de la una y cuarto un proyectil de los franceses, disparado como a quince metros del puente del *Victory* por el que paseaba el almirante Nelson, hirió

al celebre marino inglés, derribándolo. Hardy acudió violentamente y vió que tres marineros lo socorrian. "Al fin acabaron conmigo Hardy," dijo el héroe. «Espero que no sea así» objetó el capitán—"Si replicó Nelson—tengo despedazada la espina dorsal."

Abordado el *Fougueux* y el *Redoutable* poco después de la una y media, cayó luego el *Bucentaur* en poder del *Conqueror* entregándose como prisionero el vice-Admirante Villeneuve. El *Santisima Trinidad* reducido al último extremo, estaba ya también en la imposibilidad de seguir luchando.

Examinada la herida de Nelson declaró el cirujano que era mortal; pero aún sobrevivió más de tres horas sufriendo horriblemente y quemado por los ardores de la sed.

A las dos de la tarde el capitán Hardy estrechó la mano de Lord Nelson, felicitándole por la gloriosa victoria que había alcanzado, y le anunció que el fuego había cesado y que estaban en poder de los ingleses quince buques enemigos. «Bien, dijo Nelson, veinte eran los que yo quería.» y luego en voz más débil: "No me arrojéis a la mar.....Besadme, Hardy." El capitán se arrodilló y le besó la mejilla. Entonces dijo Nelson: "Estoy satisfecho y doy gracias a Dios porque he cumplido mi deber." Hardy permaneció en silencio un momento mirándolo, luego se arrodilló otra vez y le besó la frente. Dios os bendiga, dijo Nelson. Las últimas palabras fueron las que ya había dicho a Hardy «Gracias a Dios que he cumplido mi deber».

El valor que desplegaron unos y otros en esta lucha pocas veces se ha visto llegar a un grado tal heroico. Por esto es célebre la batalla de Trafalgar no menos que por sus resultados decisivos.

Fueron tomados diez y ocho buques, pero en tan mal estado, que la mayor parte de ellos no llegó al puerto como presa de los ingleses: esto indica el terrible encarnizamiento de la pelea.

En Trafalgar quedó aniquilado el poder marítimo de España y Francia, pues las pérdidas que sufrieron las dos naciones aliadas son de aquellas que difícilmente se reparan.

II

BATALLA DE MOBILE

El mes de Agosto de 1864 las fuerzas navales del Gobierno Americano mandadas por Farragut se hallaban frente a la bahía de Mobile.

Con una flota de diez y seis navios, de los cuales sólo cuatro eran blindados, intentaba Farragut obligar a los fuertes Morgan y Gaines a que capitularan entregándole el puerto que defendían con sus cañones. El almirante sabía de sobra que logrando penetrar a la rada los fuertes no resistirían y su rendición sería relativamente fácil; pero la empresa era peligrosísima pues la entrada de la bahía estaba minada de torpedos submarinos y sembrada de obstáculos amontonados allí de propósito por los confederados. Además de esto, había dentro algunos navios de la Confederación, entre los que se contaba el formidable *Tennessee*, todos dispuestos a cerrarle el paso a la flota federal.

El almirante Farragut sabía con qué enemigo bien apercibido a la lucha, tenía que habérselas, pero no vaciló: por difícil que esto fuese estaba dispuesto a forzar el paso y a tomar los fuertes que protegían la plaza.

Para llevar a efecto su resolución, dispuso que el buque insignia *Hartford* comunicase las órdenes del caso y el 5 de Agosto todos los navios de su flota estaban listos para entrar en acción, dirigiéndose a las seis de la mañana a la entrada de la bahía.

Las unidades de combate con que contaba eran los navios *Brooklyn*, *Octorara*, *Hartford*, *Metacomet*, *Richmond*, *Port Royal*, *Lackawanna*, *Seminole*, *Monongahela*, *Kennebec*, *Ossipee*, *Itasca*, *Oneida* y *Galena*. Movieronse rápidamente con el *Brooklyn* y el *Octorara*

a la cabeza, mientras los cuatro blindados tomaban posiciones entre ellos y el Fuerte Morgan.

El *Tecumseh* disparó el primer cañonazo que fué contestado por el Fuerte Morgan, poniendo el *Brooklyn* en juego inmediatamente sus poderosas baterías. El combate se generalizó sosteniéndolo vigorosamente los fuertes y los navios blindados de la Confederación, que querían estorbar el paso de los asaltantes.

De pronto el *Brooklyn* se detuvo a la entrada del canal, deteniendo también a la flota que le seguía; era que había advertido el *Brooklyn* indicios de que había torpedos que cerraban el paso. Farragut venía en lugar elevado del *Hartford* para hacerse cargo de los movimientos y al ver que todos se detenían preguntó el motivo, y al saberlo, lanzó aquella famosa exclamación: "Damn the torpedoes" y ordenó que el *Hartford* tomase la delantera caminando a gran velocidad. Pronto dejó atrás al vacilante *Brooklyn* y con valor estupendo abrió la marcha en medio de la tempestad de fuego, arrastrando en pos de sí a toda la flota entusiasmada por la impetuosidad del almirante. Súbitamente uno de los blindados, el *Tecumseh*, que había sido el primero que rompió el fuego, desapareció de la superficie del mar, destruido por un torpedo.

La flota no se detuvo por esto, antes bien avanzaba con bravura, hasta que por fin el *Hartford* consiguió pasar al otro lado de los fuertes; pero no por eso estaba ya seguro del triunfo, pues los cañoneros confederados *Gaines*, *Morgan* y *Selma* se arrojaron haciendo un fuego terrible sobre el buque insignia de los federales. Ordenó al *Metacomet* que les hiciese frente y éste los obligó a que se retiraran, en condiciones tales que el *Selma* fué capturado y el *Gaines* quemado en la playa por inservible.

En tanto ya venían llegando los otros navios de la flota; pero el *Tennessee* les oponía resistencia. Farragut dió órdenes para que lo persiguiesen, y en efecto, lo atacaron el *Monongahela* y el *Lackawanna*, sin causarle daño de consideración. Visto esto por el almirante, lanzó el *Hartford* contra el *Tennessee*, empeñándose un rudísimo cañoneo a una distancia de diez pies.

El *Hartford* arrojó una verdadera tempestad de proyectiles de nueve pulgadas sobre los fuertes costados del *Tennessee*, y no obstante la distancia que no podía ser menor, el confederado apenas si sufría menoscabo, mientras que el *Hartford*, por el contrario, iba visiblemente despedazándose, hasta que tuvo que retirarse para volver a la carga en condiciones más propicias.

Mientras esto pasaba los otros navios de Farragut, acosaron al *Tennessee*, obligándolo a rendirse y a que se declarara por los federales la victoria de la batalla de Mobile.

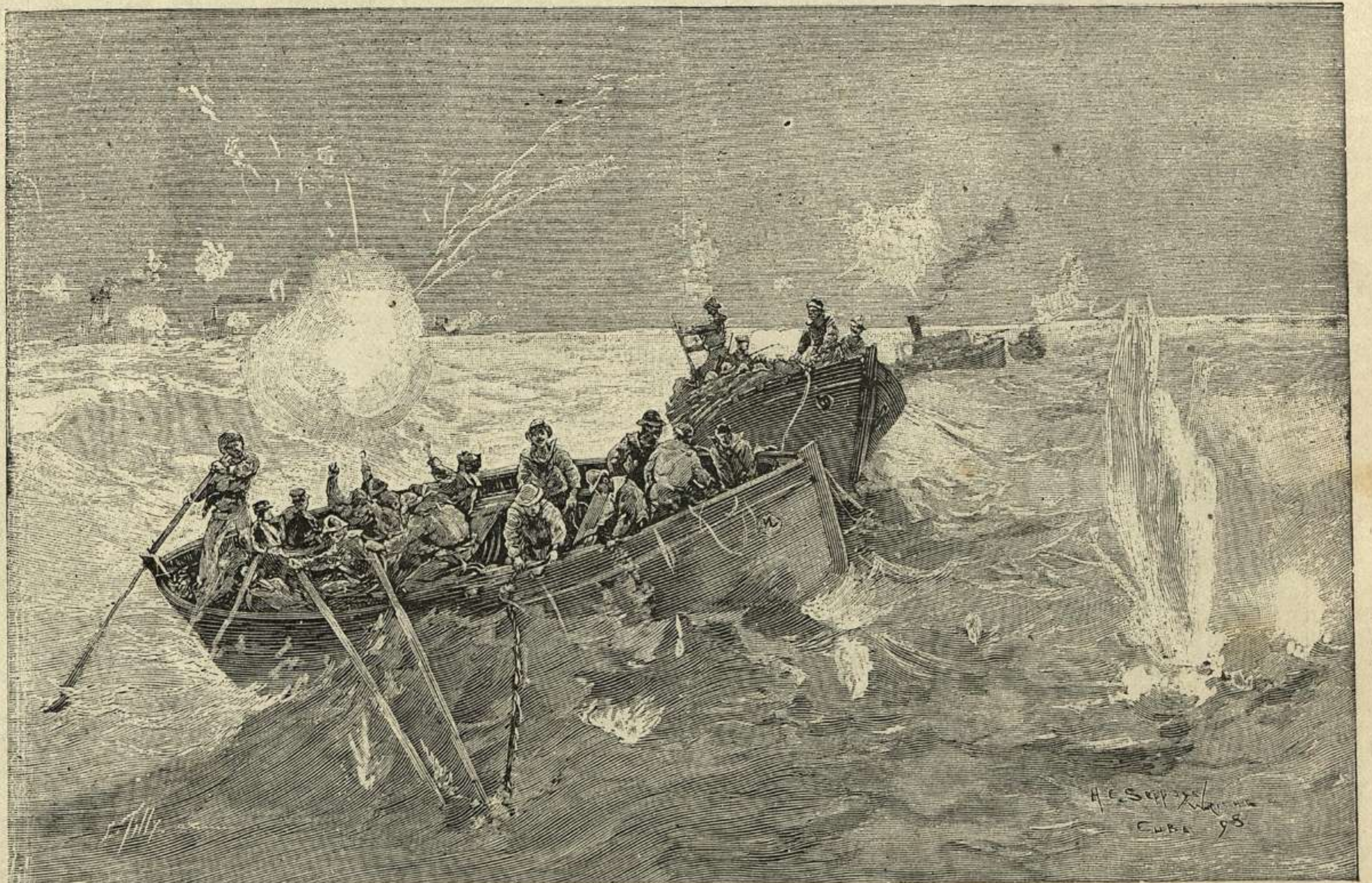
III

BATALLA DEL RIO YALU.

A mediados de Septiembre de 1894, las autoridades del Imperio Chino estaban preocupadas por la suerte de sus posiciones de Ping Yang, y decidieron enviar a la frontera un contingente de soldados para que cooperase a la defensa de los fuertes de la ribera norte del río Yalu.

La flota debía custodiar los transportes de tropas desde Talién, cerca de Port-Arthur, hasta el río Yalu. El 14 se embarcaron los soldados, y el 15 se recibió la noticia de la toma de Ping Yang. Habiendo llegado la flota la mañana siguiente al lugar del desembarco, los transportes remontaron el río, permaneciendo el cuerpo principal de la expedición con sus buques anclados a diez millas al oeste, destacándose cuatro de ellos y seis botes torpederos para que vigilaran el paso.

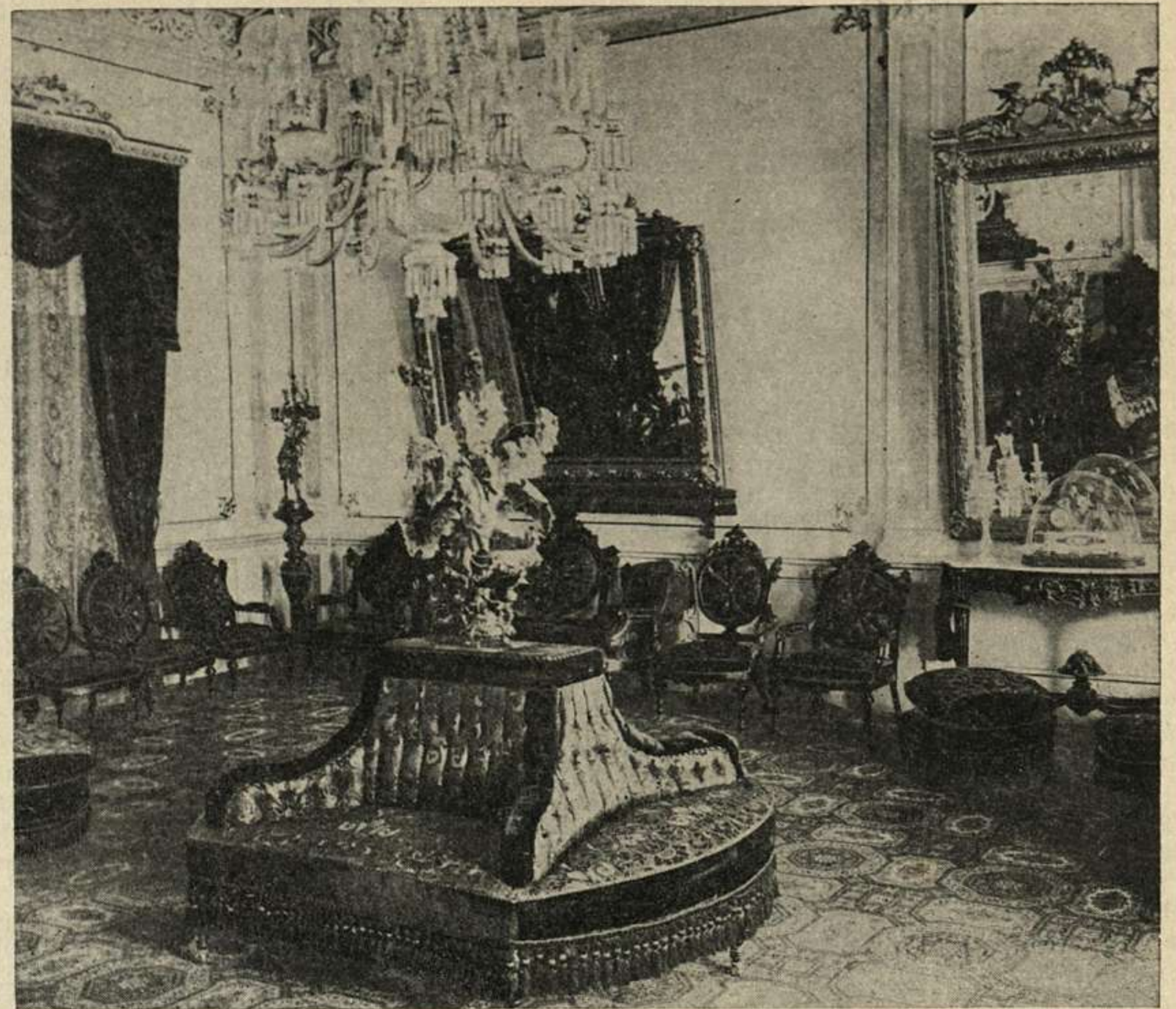
A las 10 de la mañana del día 17 de Septiembre avis-



EL CRUCERO «MARBLEHEAD» Y EL CAÑONERO «NASHVILLE» AL CORTAR EL CABLE EN CIENFUEGOS



CLUB AMERICANO DE MÉXICO.—EL EXTERIOR



CLUB AMERICANO DE MÉXICO.—EL SALON

taron los centinelas chinos el humo de varios buques en una dirección sudoeste, y en el acto dió órdenes el Almirante de que se levasen anclas y saliesen al paso de los que llegaban. Mandaba diez navios; dos acorazados: *Ting Yuen* (insignia) y *Chen Yuen*; dos guardacostas: *Lai Yuen* y *King Yuen*, y los cruceros *Chih Yuen*, *Ching Yuen*, *Tsi Yuen*, *Yang Wei*, *Chas Yung* y el cañonero *Kwang Ki*.

El Almirante Ting dispuso su flota en línea desplegada, caminando con una velocidad de siete nudos; pero aunque se suponía que todos los navios podían desarrollar esta velocidad, tres de ellos se quedaron atrás.

Los buques avistados eran de la flota del Almirante japonés Ito, y formaban una escuadra volante, constituida por el *Yoshino*, *Naviwa*, *Táchiko* y *Astikuchima*, cruceros ligeros que navegaban á razón de diez y siete nudos por hora. Seguiales la segunda escuadra, mandada por el buque almirante y que se componía de los guarda-costas *Matsushima*, *Ikutsushima* y *Hashidate*, el crucero *Chivoda* y el crucero de batería protegida *Fuso*. Por diversas razones ordenó el Almirante apartar, y que no tomasen parte en la batalla, á la corbeta *Ni-Yei*, el cañonero *Akagi* y el crucero auxiliar *Saikto*, á bordo del cual el jefe del Almirantazgo japonés hacia una visita de inspección á la marina.

Los buques chinos pelearon con bravura (exceptuando el *Tsi Yuen* y el *Kwang Ki* que corrieron á toda la velocidad de sus máquinas); pero fueron completamente derrotados en toda la línea.

Hubo un momento en que los chinos parecía que llevaban la ventaja, y esto sucedió cuando al ver incendiándose al *Hi-Yei*, al *Agaki* muy averiado y al *Saikto* incapacitado para maniobrar, cargó sobre ellos el buque chino *Chih Yuen*. Sin embargo, el capitán del *Yoshino* se dió cuenta de la situación y acudió con su escuadra volante, y como hubiesen llegado en auxilio del *Chih Yuen* otros buques chinos se trabó una lucha desesperada en torno de los buques japoneses averiados. En este encuentro parcial fué echado á pique el *Chih Yuen* incendiados el *Lai Yuen* y el *Ting Yuen*.

Al mismo tiempo el *Ting Yuen* y el *Chih Yuen* se veían atacados por cinco poderosos navios que formaban el cuer-

po principal de la flota japonesa y durante una hora larga hicieron caer sobre ellos una granizada de proyectiles, disparándoles sin interrupción sus cañones de tiro rápido. En el momento en que se acercaron los buques japoneses, los chinos lograron causar serios perjuicios al *Matsushina* tocándolo dos veces con balas de grueso calibre: una de ellas le abrió un boquete haciendo estallar un pequeño almacén y la otra

tirándose los chinos á Port Arhur y los japoneses *Vatung*.

La victoria quedó por los Japoneses pues algunos días después de esta batalla sus cruceros recorrían libremente las costas del enemigo.



CLUB AMERICANO DE MÉXICO.—EL PATIO

desmontó un cañón y puso fuera de combate á cincuenta hombres.

Las averías sufridas por los buques de guerra chinos eran insignificantes comparadas con las que hicieron al *Matsuchima*, pues aunque empezó á incendiarse el *Ting Yuen* se extinguió á poco el fuego y por fin á la caída de la tarde, agotada la mayor parte de las municiones de los contendientes se separaron, re-

EL CLUB AMERICANO DE MEXICO

En diversas ocasiones hemos publicado vistas de los centros de reunión de las colonias extranjeras. La próxima celebración de la fiesta de la Independencia de los Estados Unidos, hace de actualidad los grabados del "Club Americano" de México, que verán nuestros lectores en este número.

Ya la prensa diaria ha informado sobre el carácter que tendrá la fiesta nacional que celebrarán mañana los miembros del "Club Americano." En atención al estado de guerra que existe entre España y los Estados Unidos, los ciudadanos de esta República residentes en México, tomaron el buen acuerdo de conmemorar el 4 de Julio de una manera, privada pudiera decirse, sin darle á la solemnidad una ostentación que acaso originara manifestaciones en contradicción con el respeto mútuo que se deben en nuestro suelo los residentes de las dos naciones en conflicto.

El "Club Americano" de México se fundó el 1.º de Junio de 1895 y contaba entonces con cien socios que han ido aumentando hasta trescientos cincuenta que tiene en la actualidad. De éstos residen 197 en México, 26 fuera de la ciudad pero dentro

de la República y 64 en el extranjero. Los miembros honorarios del Club son tres: el Señor Presidente de la República, General Don Porfirio Diaz; el Señor Ministro de los Estados Unidos en México, General Powell Clayton y el Señor Presidente del Club Hispano Americano de St. Louis, Mo.



CLUB AMERICANO DE MÉXICO.—BILLARES.



CLUB AMERICANO DE MEXICO.—GABINETE DE LECTURA.

(Fots. tomadas para «El Mundo»)

Nuestros grabados

El "Grand Prix" de París

En Francia dicen la "Grande Semaine" como aquí decimos la "Semana Mayor" aunque estas frases tengan aplicaciones bien distintas. ¿Quién de los iniciados en los secretos de la vida deportiva ignora las solemnidades pomposas del *turf* y que la "grande semaine" es este periodo del mes de Junio cuyo acontecimiento capital es la carrera del "Grand Prix"? —El mundo elegante de París espera la carrera del «Grand Prix» para lanzarse á la desbandada en sus estaciones veraniegas. Es reglamentario el gran *meeting* social de las carreras para decidir según los caprichos de la temperatura, el tono de la moda que ha de privar durante el resto de los meses calurosos del año.

Esta vez el cielo estaba espléndidamente sereno y luminoso el día de la carrera, como para no desdecir del "Rey Sol,"—el caballo victorioso y aclamado.

Como es de rigor, lucían las parisienses las más sorprendentes novedades, y gracias á la admirable temperatura de la tarde hubo profusión de tules ligerísimos y de colores vistosos en los trajes—claros en su gran mayoría, con adornos de encajes y listones, y de sombreros deliciosos coquetamente levantados por delante para dejar ver el peinado.

Por lo si la aristocracia se divirtió el día de la gran carrera, los pobres deben de haber quedado más contentos porque el premio de los 200,000 francos fué repartido entre ellos.

Sólo el barón de Rotchild puede permitirse el lujo de ceder un gran premio de París para obras de caridad. Una ganancia como esa de los 200 000 francos no basta para llenar el déficit que ocasiona en las finanzas particulares una caballeriza para concurrir á las carreras. Felizmente el barón de Rotchild, que no ha sido afortunado en el *turf*, tiene medios bastantes para suplir ese déficit, y ha podido seguir las inspiraciones de su generosidad.

El caballo del día, el "Rey Sol" es un hermosísimo bayo, hijo de Heaume, el triunfador de Chantilly en 1887 y de la *Señorita La Valliere*. ¡El "Rey Sol", hijo de la *Señorita La Valliere*! ¿no habrá entre los lectores de *El Mundo Ilustrado* quien se sienta cruelmente ofendido por esta subversión de nuestras nociones históricas?.....

Pero dejemos al *Rey Sol* en su gloria monárquica y hablemos del nuevo «*Rey Sol*» del *turf* parisiense: el caballo del barón de Rotchild, montado por el correcto jockey inglés W. Pratt, recorrió el trayecto de 3 000 metros en 3'24, dejando atrás diez y seis competidores.

El total de las operaciones de apuesta mútua llegó en esta gran carrera á la suma de 1 700 000 francos. Las seis carreras del día pusieron en juego 4,150,000 francos.

Cigarreras de Manila

La fábrica de cigarrillos acaba de cerrar sus puertas y las cigarreras en ruidoso tumulto salen de su trabajo para desbandarse por las calles de la ciudad.

Indias ó mestizas, llevan los cabellos á la diabla, una flor de ylang-ylang ó de calachuchi puesta con desenfado en la cabeza; pasan con descaro delicioso y ese *meneo* especial de las habaneras y filipinas, de gracia un poco fuerte, como dice un viajero.

El pié, desnudo, es de una forma maravillosa, se crispa nerviosamente para sujetar la *chinelita* bordada de perlas, y la mano, pequeña, de líneas puras, evoca por el tinte rosado de la palma inquietantes analogías simiescas.

Y así andan por todas partes, triunfantes, descocadas, soberbias, con el cigarro entre los labios eternamente.

¿Qué es un torpedo?

Sabido es que los torpedos se lanzan por medio de cañones especiales, llamados tubos lanza-torpedos, cargados con una pequeña cantidad de pólvora y aire comprimido pues el objeto es sólo lanzarlos á una pequeña distancia, porque en seguida tocan el blanco llevados por su fuerza propia de propulsión.

En general tienen la forma de un largo cigarro, llevan en la parte anterior una carga de cincuenta kilos de algodón pólvora y un detonador que funciona cuando tropieza con algún obstáculo; en la parte central está el motor y detrás el aparato de propulsión y dirección.

En realidad hasta hoy no se ha llegado á obtener una dirección cierta, sobre todo tratándose de torpedos enteramente sumergidos en el agua.

El torpedo más en uso es del modelo Whitehead. El motor funciona por la acción de aire comprimido á alta presión en un receptáculo é imprime cierto movimiento á las hélices de propulsión que se hallan en la parte posterior. La dirección en altura ó profundidad de inmersión se obtiene por medio de dos timones movidos por un aparato delicado cuyo elemento esencial es un pistón que obedece á la presión exterior del agua: si el torpedo está á gran profundidad, el pistón penetra y da al timón una inclinación que hace subir al torpedo; lo contrario sucede si no está muy sumergido. Se regula de antemano la profundidad deseada por la disposición que se les da á unos resor-

tes destinados á equilibrar la fuerza del pistón en la parte delantera, y en la punta del torpedo hay una pequeña hélice que se coloca al momento de lanzarlo; no está unida á ningún motor y gira por la acción del agua cuando el torpedo avanza: el objeto de esta hélice es sostener una barra que está en contacto con el percutor para golpearlo al recibir un choque exterior. Esta precaución ingeniosa permite manejar el aparato sin peligro de que estalle inopinadamente.

El torpedo Howell difiere del anterior en el motor que es más sencillo: un volante pesado de hierro de fundición que recibe un movimiento de rotación como el de un trompo en el momento del lanzamiento. Continúa girando en virtud de la velocidad adquirida y obra por un fuego de engranajes sobre las hélices de propulsión colocadas en la parte posterior. En cuanto á la mayor ó menor profundidad se regula como en el modelo anteriormente descrito por una disposición análoga.

Hay diversos tipos de torpedos automóviles en los que se han empleado diferentes sistemas de motores; pero por muy ingenioso que sea el mecanismo ya se comprende que difícil será obtener una dirección exacta. Se pensó, pues, en las ventajas que resultarían de ensayar otra disposición que permitiese dirigir el aparato desde el navio.

Naturalmente hubo que recurrir á la electricidad y se fabricó el tipo Sims Edison. Compónese de dos partes un simple flotador con una bandera y un disco

esquivar los tiros de la costa, ¿pero serán más acertados sus cañones operando sobre una base movediza é inestable?

Hay otra multitud de circunstancias, sin hablar de las defensas submarinas, que ponen á los fuertes en condición de ser inexpugnables frente á los ataques de una flota.

El forzamiento del paso de la bahía de Mobile será una proeza única en la historia, pues ya nadie se aventuraría con el perfeccionamiento de los torpedos "vigilantes" y de fondo y del sistema de señales de los puertos, á penetrar á una bahía científicamente fortificada y defendida.

Y lo de Manila? preguntará acaso algún incrédulo: ¿no es un argumento en favor de la superioridad de las flotas? En este ejemplo precisa una aclaración. Sostiene M. Malo y nadie lo contraría, que la escuadra de Dewey *nada* habría hecho contra una plaza en condiciones de defenderse con todos los elementos de la moderna fortificación.

La escuadra de Dewey no es de primer orden ni había sido enviada á luchar, pues otra era su misión en Asia y sin embargo, Cavite sucumbió. ¿Qué significa este hecho sino que Cavite estaba indefenso? No han caído ni podrían caer tan fácilmente la Habana ó Puerto Rico.

Cortando un cable.

Privar de comunicaciones cablegráficas al enemigo, es una de las operaciones más importantes en las guerras navales contemporáneas. Ya hemos visto el empeño de los americanos en cortar los cables de la Isla de Cuba; en los primeros días de la guerra, cuando todo era conjuntural, las operaciones de reconocimientos de las costas cubanas y la ruptura de la comunicación cablegráfica, era lo único que daba cierto interés á ese conflicto sin batallas..... en aguas de América.

La prensa de París, irremediablemente burlona subrayaba día á día en sus boletines de guerra este hecho curioso: cada encuentro, cada cañoneo, cada movimiento táctico se interpretaba en Madrid y Washington como ventajoso para españoles ó americanos respectivamente. De este modo, decían irónicamente los periodistas parisienses, ésta es la mejor de las guerras en el mejor de los mundos: todos ganan, nadie pierde y no hay quien se queje.

Tal cosa sucedió cuando al cortar el cable de Cienfuegos el Winslow salió averiado: los españoles, llenos de júbilo, celebraron su victoria y los americanos se felicitaban por el éxito de la empresa intentada.

Voltaire tenía razón: su Doctor Pangloss será eterno.....

A Klondike

Y alla van en cordón interminable en busca del oro como van otros á la guerra, en busca de qué? ¿del oro también?

El oro no es para los que pelean, ó por lo menos para los que pelean con mayor peligro.

En cambio, todos los que van á Klondike están a menos ciertos de que sino traen oro será porque.... hay tantas cosas imprevistas en la vida. Pero tienen fé plena en que el remoto, inclemente Eldorado tiene tesoros inmensos para los fuertes, para los perseverantes y laboriosos.

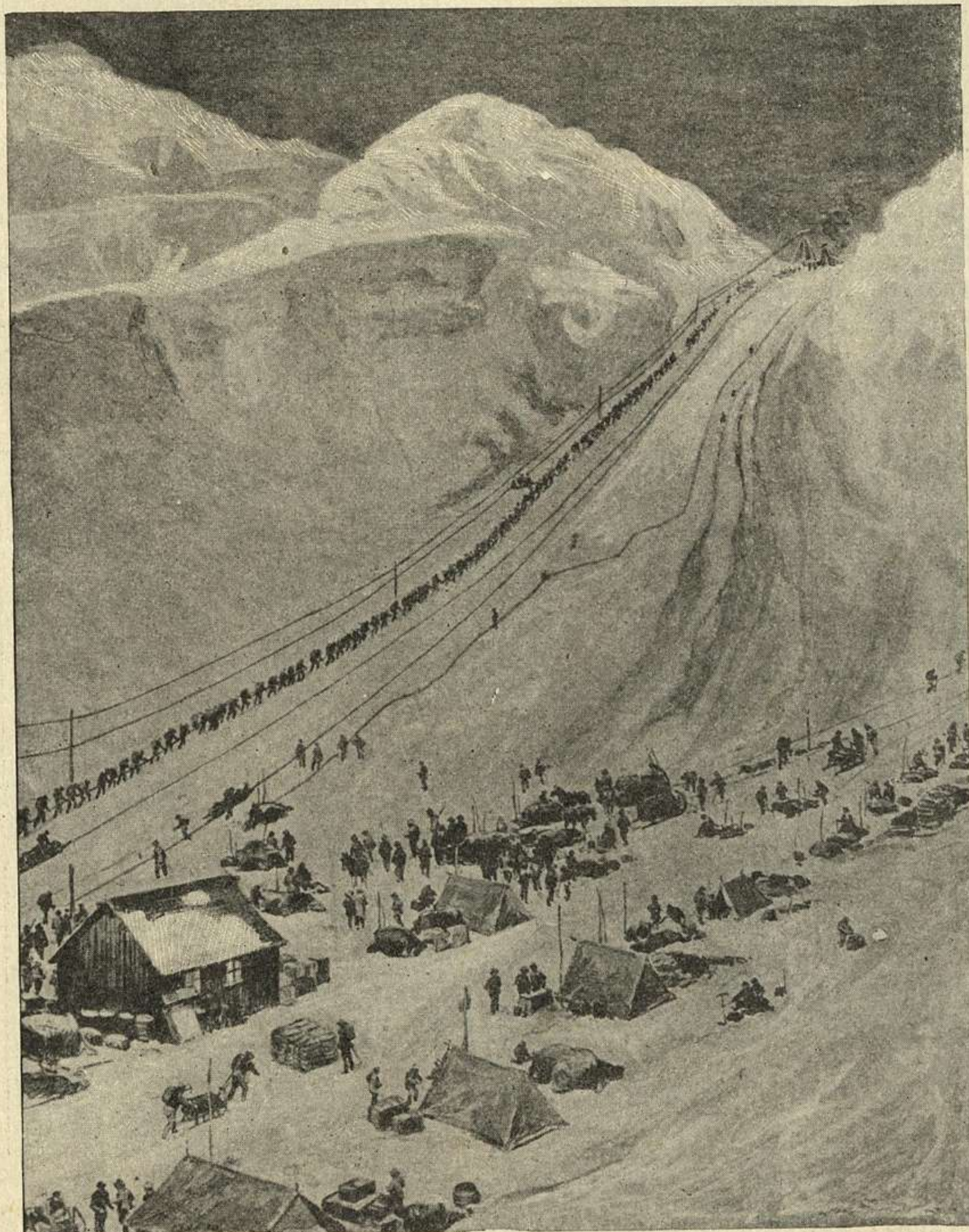
¿Y quién no se siente con estas cualidades en esos países en que la lucha es áspera y brutal para los desheredados?

De ese hormiguero humano saldrán quizá los dominadores los capitalistas tiranos de mañana. Cuántas páginas de la historia del porvenir encerrará ese desierto de hielo?

Rotchilds del tuturo con una piqueta al hombro; Barney Barnatos, desnudos y hambrientos..... y acaso, algún Joaquín Miller que nos embelese mañana, como el novelador de las sierras californianas, con alguna narración de gente nueva y de mundos ignotos, maravillosos oasis para las imaginaciones cansadas de nuestra civilización monótona y burguesa.

LA CORROSIÓN DE LOS METALES POR LAS CORRIENTES ELÉCTRICAS.

Entre los ingenieros electricistas se agita ahora la cuestión del daño que las corrientes que se extravían de los circuitos, especialmente de las tranvías, causan á las cañerías metálicas subterráneas, como son las que conducen agua, gas, vapor, etc. y que en las ciudades populosas existen en todas las calles y en algunas forman tupida red. La prueba de que esa electricidad extraviada es perjudicial, se hace muy fácilmente. Todo el que haya leído algún tratado de electricidad sabe que los objetos de metal de la clase positiva con respecto á la tierra, pierden un día tras de otro una cantidad de partículas infinitamente pequeñas cuando se establece en ellos una corriente eléctrica por pequeña que sea, y esa pérdida puede tomar con el tiempo alarmantes proporciones. La presión que se necesita para desintegrar el hierro varía entre uno y tres volts. Si el circuito por donde la corriente circula es imperfecto, y por desgracia lo son casi todos los de las tranvías eléctricos, tiene que desviarse de acuerdo con la ley descubierta por Ohm y pasa á la tierra siempre que la resistencia de ésta sea más pequeña que la del circuito.



KLONDIKE—EN BUSCA DE LOS PLACERES DE ORO

blanco para poderlo seguir con la vista; la otra parte, completamente sumergida, se une al flotador por medio de barras metálicas y constituye el torpedo propiamente dicho. Delante lleva la carga explosiva, atrás el propulsor en relación con un motor eléctrico, y tiene además un sistema de electroimanes que dirige el timón. En una cámara especial se halla un tambor con un cable enrollado de 4000 metros de longitud y formado por dos hilos aislados.

Así constituido el torpedero, puede ser ó no ser lanzado, á voluntad: se le arroja al agua como una canoa y se pone la extremidad del cable en relación con una fuente eléctrica por medio de un conmutador que permite obrar sobre uno ú otro de los hilos del cable según se quiera. En estas condiciones el operador de á bordo es dueño del motor ó de los eléctricos del timón, y aún puede provocar la explosión cuando lo crea oportuno, disponiendo de un radio de acción limitado por la longitud del cable. En las experiencias que se han hecho, pudo alcanzarse perfectamente una distancia de 3,500 metros.

La defensa de las costas

Un autor de guerra sostiene en la prensa de París que en igualdad de condiciones y armamento nada puede una buena escuadra contra una costa bien defendida. Efectivamente, las ventajas están de parte de los de tierra, toda vez que en los fuertes de la costa la seguridad del tiro puede ser mayor; los buques, dicen algunos, no presentan buen blanco porque se mueven á cada momento y en esta consideración se fundan para atribuir á los buques una superioridad marcada sobre los fuertes de tierra. Nada más erróneo: los buques pueden con sus movimientos

¡PARA SIEMPRE!

Me odiarás si el despecho te aconseja.
 ¿Pero olvidarme? Tu razón desbarra!
 Mi amor de tigre, donde pasa, deja
 Los destrozos del diente y de la garra.

Núbil apenas, inocente y pura,
 Te ví surgir en mi camino un día.
 ¡Me deslumbró tu mágica hermosura!
 Te deslumbré... Fuí tuyo y fuiste mía.

Nuestro amor era un crimen, y por eso
 Te hablé de tu peligro y mis temores;
 Me sellaste los labios con un beso
 Y el hondo abismo se cubrió de flores.

Te amé... ¡Cuánto te amé! ¡Con qué delirio
 Me amaste tú también! ¡Cómo insensata,
 Sonriendo á los horrores del martirio
 Hallabas vida en el placer que mata!

Y cuán bello es vivir vida de amores!
 ¡Qué plenitud excelsa de delicias!
 ¡Qué infierno de ansiedades y temores
 Y qué sed insaciable de caricias!

Besos que estrujan sin piedad las bocas
 Y de la juventud beben la savia,
 De nuevos goces invenciones locas
 Y juramentos con que á Dios se agravia,

Ese es nuestro pasado... ¡Arbol salvaje
 Que en torno suyo lo embalsama todo,
 Y que alza hasta los cielos su ramaje
 Aunque hunda las raíces en el lodo!

Hoy no queda remedio. Nuestra historia
 No ha sido de esas que el olvido trunca...
 ¡Puede el amor morir en la memoria
 Pero el pecado en la conciencia nunca!

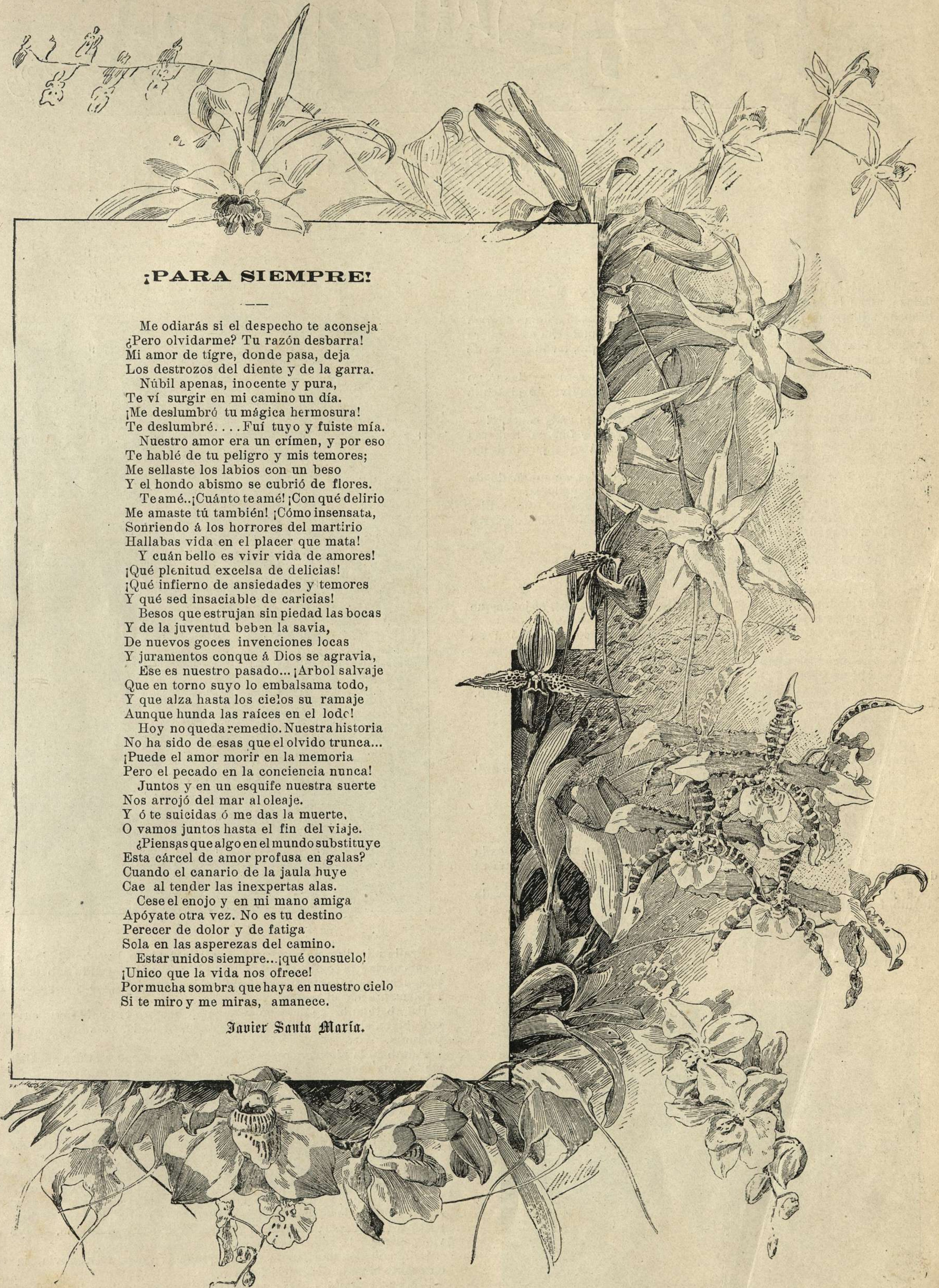
Juntos y en un esquite nuestra suerte
 Nos arrojó del mar al oleaje.
 Y ó te suicidas ó me das la muerte,
 O vamos juntos hasta el fin del viaje.

¿Piensas que algo en el mundo substituye
 Esta cárcel de amor profusa en galas?
 Cuando el canario de la jaula huye
 Caen al tender las inexpertas alas.

Cese el enojo y en mi mano amiga
 Apóyate otra vez. No es tu destino
 Perecer de dolor y de fatiga
 Sola en las asperezas del camino.

Estar unidos siempre... ¡qué consuelo!
 ¡Único que la vida nos ofrece!
 Por mucha sombra que haya en nuestro cielo
 Si te miro y me miras, amanece.

Javier Santa María.



Luz de la Gloria

A mi amigo Francisco S. de la Barra

En la inolvidable Sevilla, gala y emporio del amor y de la gracia andaluza, atrae la atención del curioso viajero la fábrica de cigarros, que hospeda millares de obreras á cual más hermosa y resalada, como se dice en aquella tierra. Todo el mundo sabe lo que cada muchacha estanquera inventa y dice por la calle al tropezar con los tipos que, tarde por tarde van á verlas salir por la puerta de la fábrica.

Desde que la ópera *Cármén* popularizó á la cigarrera sevillana, no hay inglés rico que al pasar por la perla del Guadalquivir no pretenda visitar el estanco.

¡Y lo que escucha cada *mirlón*, no es para escrito ni para contado!

Un amigo y compañero mío, joven, guapo, ilustrado y fino en maneras como un príncipe, logró que le permitieran penetrar á aquel jardín de huríes, á la hora del trabajo.

Llegó con tres compañeros de viaje, uno de los cuales, acompañado de una familia sevillana, daba el brazo á rubia y hechicera polluela.

Al atravesar los extensos salones recibieron piropos por este estilo. Decía una chica de ojazos árabes á otra que enfrente torcía cigarros con rapidez de máquina:

—¿Has visto la boda, Pepa?

—Sí, pero el novio no me gusta.

—Por qué, hija de mi alma?

—Porque lleva la chistera con funda.

Y señaló riéndose hasta mostrar unos dientes como perlas, al joven que llevaba *claque* de raso.

Otra, fijándose en el único anciano de la comitiva, le preguntó á su compañera:

—No oíste tocar la trompeta del juicio, Paca?

—A qué horas chica?

—Cuando abrieron la puerta de la fábrica para que entrara mi abuelo.

Y piensa que lo mató Napoleón en el año de ocho.

—Y cómo le chorrea polilla...

—Con un hombre así quisiera casarme.

—Para qué Cachonda?

—Para ser viuda al día siguiente; ya sabes que me gusta vestir ropa negra.

—Pobre abuelo! cabe en una canal de pitillo.

—Yo lo vendo.

—Y yo lo compro.

—Y yo se lo cuelgo como milagro á la Virgen del Cármén.

—Ni para palillo de dientes me sirve.

Los viajeros entraron á una sala, que contenía muchas mesas y en cada mesa trabajaban doce mujeres sirviendo una de ellas como de maestra directora siempre respetada.

En una de tantas mesas vió mi amigo á una verdadera creación de Murillo, fresca de carnes, blanca como el armiño, de mejillas de rosa y con un par de ojos andaluces que derramaban luz y fuego.

Trabajaba torciendo cigarros y fijaba muy á menudo sus lindas pupilas en un monstruo sentado á su derecha.

¡Y con cuánta ternura lo miraba!



Era la mitad de un hombre; le faltaban del lado derecho el ojo, la oreja, media nariz y la comisura natural de la boca, todo perdido debajo de unos pliegues y pegujones de carne amontonados, restirados y esparcidos horriblemente en el rostro.

Faltábale el brazo derecho y tenía el hombro tan caído que su cuello se doblaba sin equilibrio y su cabeza guardaba la más cansada de las posturas.

Faltábale la pierna derecha y la reemplazaba con una especie de zanco atado á la escasa parte del muslo que le colgaba entrapajado.

Era un monstruo aquel ser humano, á quien la mujer encantadora le estaba dando á fumar un cigarrillo, con la ternura con que una madre daría á su hijo un caramelo.

—¿Qué es esto? preguntó sorprendido mi amigo.

—La historia es breve—contestó la Administradora de la fábrica.

Esa chica tan linda, tiene algo mucho más hermoso que sus ojos, que su color, que su edad y su gracia, y ese algo es su corazón de oro.

Era novia de un gallardo obrero que vivía á ocho leguas de Sevilla y que para venir á verla y á pelar la pava, tomaba en su pueblo el expres de las ocho de la noche.—Alguna vez llegó cuando el tren acababa de partir á todo vapor; lo alcanzó y quiso subirse por el estribo.—Cayó á la vía y le pasó la rueda por encima de medio cuerpo.

Lo levantaron moribundo y rogó que le avisaran á su novia, la cual en cuanto supo la desgracia fué á verlo.

—Mira, le dijo él—había yo juntado diez y seis mil reales (ochocientos duros) para nuestra boda. Ya voy á morirme y te los dejo, relevándote de todo compromiso.—Eres muy buena, cástate con alguno que te quiera como yo y que te haga tan dichosa como yo pensé hacerte, y mandatos



decir unas misas en el mismo altar de la Virgen donde pensé que nos diéramos las manos.

La muchacha, bañada en lágrimas, se convirtió en enfermera de aquel joven al cual no daban más que algunas horas de vida.

Los cirujanos extrajeron el ojo, recortaron colgajos de la nariz, de la boca, de la oreja, de la mejilla y de la barba; amputaron el brazo y la pierna y dejaron entregado al buen Dios aquel montón de despojos que inspiraba horror y compasión al mismo tiempo.

Lució el nuevo ser y aquél infeliz vivía; la fiebre fué bajando; los días corrieron, las heridas cicatrizaron, y por fin se declaró la convalecencia franca hasta volver á la salud en el estado tan deforme y lastimoso en que hoy se encuentra.

La chica, su novia, se fué á ver al cura, le refirió su historia y le pidió de rodillas que la casara con este hombre.

—Pero así... .hija, tú estás loca!

—Yo lo amo lo mismo que cuando era guapo y arrogante, porque, señor cura, el tren no le ha destrozado el alma y la tiene tan grande y tan linda, como el día que me confesó que me amaba. Además, él no puede por sí mismo hacer nada ¿quién ha de cuidarlo, de mimarlo, de atenderlo, de amarlo como yo? Nadie en el mundo lo ha de mirar como he de mirarlo, ni lo hará feliz como he de hacerlo.

El cura ante tamañas razones, los casó á los pocos días y ella vino en seguida á pedir trabajo á esta fábrica solicitando que la acompañara su marido.

—Véalo usted— me dijo—no puede enamorar ni habrá quien de su aspecto se enamore ¿cómo he de dejarlo solo? Yo soy sus manos, sus pies, su voluntad, su vida.

—Ven y tráelo, le respondí asombrada de sus resoluciones. Y allí tiene usted á esa pareja que todas las obreras respetan y diré más: envidian por dichosa.

Daban á la sazón las cinco de la tarde y sonó la campana que anuncia la salida de los talleres.

La encantadora chica acomodó la muleta y el zanco en la axila y en el muslo de aquel ser mutilado; colocó su brazo en el suyo, le puso una

gorra de seda y echó á andar con él por los extensos corredores.

Allí pudo verse un espectáculo hermoso. Las obreras que salían cantando, gritando y corriendo en desórden, formaron en silencio una valla con admiración y respeto y pasó por en medio la pareja extraña; la graciosa joven ríst.ña y

—Frente á cuadros así, hay que tener fe en el bien, en el amor, en la virtud y convencerse de que la humanidad, y en ella las mujeres, no son tan malas como las juzgan los crapulosos ó los escépticos por suficiencia.

Juan de Dios Peza.

México, Junio de 1898.



feliz; él, andando lentamente colgado de su brazo como la vid de la rama.....

—Dios te bendiga María, le decían varias compañeras. Hasta, mañana angel del cielo! le decían otras..... Grano de oro, que la Virgen te cuide! —Pasa, luz de la gloria.

Y cuando la pareja salió de la fábrica, volvieron las obreras á cantar, á gritar, á correr en desorden porque nada de lo que quedaba les inspiraba respeto.



María Enriqueta Camarillo
DE PEREYRA, (poetisa.)

Cuando la dulce poetisa se casó con nuestro inteligente amigo el escritor y periodista Lic Carlos Pereyra, nuestro compañero Amado Nervo escribía en una de sus *semanas*:

"María Enriqueta Camarillo, me dicen de Nuevo Laredo, que se casa. Esta poetisa niña va á convertir los mirtos de su corona en azahares.... Acaso, como la amiga de Melissa, la de Hellos, soñaba ha tiempo en el

cortejo, las flautas el canto nupcial y el carro florido de los esposos, y acaso también, como último verso de adolescencia compone su propio epitalamio.

María Enriqueta ha formado con Laura Méndez de Cuenca la encantadora dualidad de poetisas mexicanas que todos amamos. Sus versos, llenos de una va-

guedad deliciosa, de una blanda delicadeza de *lied* respiran melancolías inquietantes y nostalgias suaves

Ahora cantará la vida y cantará el amor fecundo, ahora se abrirán ante ese espíritu joven nuevos horizontes de ternuras definitivas, y no ya, como la núbil poetisa griega, la dulce Erinna, muerta en flor, murmurará baladas mientras hila en la rueca, bajo el amparo de la casa materna; mas como Marcelina Desbordes Valmore, expresará con rimas inusitadas no muy tarde, la gloria del amor maternal, ri-

mando *berceuses* para el primogénito y enseñándole como Isabel Prieto, la Musa Jalisciense, al compás de los movimientos de la cuna, la gama deliciosa de la ternura.

Y entonces como siempre que lo celeste y puro irradia,

*Dieu le dira lui-même:
j'aime cet enfant qui dort.
Qu'on lui porte un rêve d'or...."*

Gustosos reproducimos este breve juicio ahora que María Enriqueta forma una flor más, de talento y arte, en este ramillete de artistas mexicanas que *El Mundo Ilustrado* reune tiempo ha para ofrecerlo á la sociedad mexicana.

No añadiremos más, porque María Enriqueta no lo necesita. Su mejor elogio son sus versos y en estas líneas engastamos como preciosa gema de blandos destellos los siguientes, escritos recientemente y que son una de sus más bellas creaciones.

¡SOLA!

Después de que tus ojos se cierren, y murmures con tus labios mi nombre, tristemente yo cruzaré tus manos. Con doliente mirada contemplaré tu inmóvil rostro... En tanto que la luz de los cirios en la sombra temblando esté, cabe tullecho toda la noche pasaré, rezando, y hasta que asome el alba guardaré mi rosario..... ¡Qué amanecer tan triste! si á favor de su luz viene algún pájaro á posarse en el tronco carcomido del saúco, medroso, al ver angustia tanta, veloz se alejará volando... Ya estarán para entonces los cirios apagados, consumido el aceite de mi lámpara, rígidas tus manos, mi frente, más sombría, y tu rostro, más pálido. Antes de que resuenen por el angosto corredor los pasos de los que han de llevarte camino al camposanto, cortaré de tu frente un rizo de cabellos enlutados que guardaré en el fondo de un negro relicario; y después de que cierren la caja, en ella apretaré mis labios largamente, en un beso tembloroso y callado..... Después ¡ay! por el mismo angosto corredor por donde entraron irán pausadamente, perdiéndose los pasos.... Y después... con el rostro hundido entre las manos: —¡Sola yal me diré, por siempre sola! y en un rincón me quedaré llorando.

María Enriqueta.



UN SABIO

DAMAS MEXICANAS

Ibamos de paseo, mi amigo Pepe y yo, conversando acerca de lo inverosímil en literatura; pero sin discutir ni llevarnos la contraria por ser idéntico nuestro modo de pensar, convencidos ambos de que por rebuscadas que parezcan las invenciones de la imaginación, aun parecen con frecuencia más extraordinarios los ejemplos de la realidad.

Pepe me refirió lo siguiente:

—Este caballero se llama D. Luis Ramillo y es riquísimo. Sus padres lo enviaron a México, casi niño, y allí permaneció en compañía de un tío suyo y en clase de dependiente de una gran casa de comercio durante muchos años. Cuando murió su tío, le dejó por heredero de su cuantiosa fortuna, y él, cansado de vivir lejos de la tierra que le vio nacer, dió la vuelta a España, fijando su residencia en Madrid. Las primeras semanas de su estancia en la corte habitó una elonda; pero quejoso luego del mal trato que en la le daban, adoptó la resolución de poner casa, lo cual hizo a pesar de su riqueza, con gran modestia y escasos gastos, no por tacañería, sino por ser naturalmente enemigo de la ostentación y hombre de pocas necesidades.

En un principio no se trató con los demás inquilinos: vivía servido por un matrimonio de viejos, no era visitado de nadie, se retiraba temprano, cuando se encontraba a algún vecino en la escalera le saludaba y nada más.

Una noche al volver del teatro, a la una de la madrugada, hora para él inusitada, se encontró en el descansillo del piso en que vivía, a sus criados hablando con una mujer joven y bonita que, con las lágrimas en los ojos, le daba las gracias por cierto favor que de ellos había recibido. Al ver a Don Luis, los sirvientes cortaron el diálogo, le dejaron paso y la mujer llorosa subió escaleras arriba.

Lo primero que a los criados se les ocurrió cuando su señor les preguntó quién era aquella señorita, fue mentir o disfrazar la verdad; pero estrechados por él no tuvieron más remedio que confesar el motivo y la ocasión de lo sucedido. La señorita que había visto Don Luis—porque aunque humildemente vestida tenía aspecto de señorita—vivía en el último y más barato de los cuartos de la casa, en compañía de su madre, señora anciana y achacosa. Eran muy pobres y no tenían más recursos que la exigua viudedad de la vieja y lo poco que la hija ganaba bordando. La casa de comercio para quien ésta trabajaba había quebrado, hacia dos meses que no le daban labor, y, limitadas las pobres mujeres al puñado de duros de la viudedad, apenas tenían para comer. Mientras les quedó algo que empuñar, fueron pasando, pero luego enfermó la madre, hubo que llamar al médico y éste recetó medicinas caras. La criada vieja de Don Luis sabía todo esto, porque conocía a la madre y a la hija de verlas cuidar unos tuestos que tenían en las ventanas y de conversar con ellas algunas veces sobre si tales ó cuales plantas podían ó no crecer en macetas y debían regarse mucho ó poco; de estos diálogos pasaron a mayores confianzas, y por último la joven llegó a tener con la vieja toda la intimidad que puede haber entre una mujer fina aunque pobre, y otra de más baja condición.

Ello fué que una tarde Doña Manolita—que así se llamaba la muchacha—pidió una taza de caldo para su madre a la criada de Don Luis, y en días posteriores favores análogos, hasta que por casualidad se enteró aquel, gracias al encuentro en la escalera al volver del teatro.

Sabedor de la triste situación de las infelices mujeres, Don Luis ordenó a sus criados que las favoreciesen en cuanto fuera posible, y que no les negasen los pequeños auxilios que les pidieran; después de lo cual pasó algún tiempo sin volver a pensar en el infortunio que tan cerca tenía, hasta que una tarde vió a Manolita asomada a una ventana.

Manolita era una muchacha primorosa. Estaba flacucha y casi anémica por la poca alimentación, malamente vestida, sin la menor gala ni adorno, entristecida y melancólica por su mala suerte; pero tenía los ojos hermosísimos, la boca preciosa, el pelo undoso y negro como el azabache, la tez muy fina las facciones muy delicadas y el cuerpo airoso y bien proporcionado. Mirándola, no cabía duda de que a los tres meses de alimentarse bien, pasear, estar tranquila y no trabajar, aquella muchacha llegaría a ponerse bellísima; era una planta nacida en mala tierra, que había crecido sin sol y sin agua y que un jardín inteligente podía, con poco esfuerzo, cultivar y desarrollar hasta convertir su debilidad en fortaleza y su ajamiento en lozanía.

Al otro día de verla en la ventana, Don Luis se presentó en casa de Manolita, y sin ambages ni circunloquios la preguntó si quería encargarse de bordar una gran cantidad de ropa blanca que necesitaba para su casa.

La chica respondió afirmativamente con el contento que es de suponer, y D. Luis la rogó entonces que, pues él vivía solo y no sabía hacer cierto género de compras, adquiriese por su cuenta tantos juegos de sábanas y almonadas, tantos pañomeros, tantos manteles y servilletas. . . . en fin, un dineral en lencería. Añadió D. Luis, que como lo quería todo bordado con exquisito primor y delicadeza y además, en muy corto plazo, vendría que buscarse otras mujeres para que la ayudasen, organizando al efecto un obrador.

De allí en adelante, Manolita pasaba con frecuencia a casa de D. Luis para darle cuenta de cómo invertía las sumas recibidas y de lo que adelantaba el trabajo, y D. Luis solía también subir al sotabanco, donde continuamente estaba bordando Manolita; la



Srta. Consuelo Farrera

DE TUXTLA

[Fot. de C. H. Adams.]

cual, dicho sea de paso, modestamente vestida de negro y rodeada de tanta ropa, estaba encantadora.

No hay para qué decir que su cambio de situación, las mayores comodidades que gozaba, el mejor vestir y las visitas de D. Luis fueron base de infinitas y malévolas murmuraciones. La portera, los criados de D. Luis, los vecinos, todos creyeron que el señor mayor se cobraba los beneficios siendo poseedor de los encantos de Manolita, lo cual era una solemnísima mentira, porque ni a él se le ocurrió semejante villanía ni las pobres mujeres la hubieran aceptado.

Los propósitos de D. Luis eran otros. Estaba enamorado de Manolita, pero su proyecto consistía, no en seducirla, sino en tomarla por propia y legítima mujer y lo que estaba haciendo era facilitarse medios para verla frecuentemente, observarla, convenirse de que era buena y luego declarar su amor y pedirle su consentimiento para hablar con su madre y formalizar las cosas. Su error fué imaginar que la gratitud podía convertirse en amor, y sobre todo, fué torpeza ir continuamente a casa de Manolita y no darla a entender nunca que la quería. Era hombre acostumbrado a negocios, no había jamás procurado enamorarse a ninguna mujer, y creyó que para Manolita sería cosa sencillísima y llana contestarle a tenazón cuando él la preguntase: ¿Quiérete usted casarse conmigo?

Y como lo hizo así, sucedió lo que tenía que suceder.

Una noche entró D. Luis en el sotabanco, se sentó junto a ella, cogiéndole una mano, con gran sorpresa de hija y madre, habló así a la muchacha:

—Manolita, es usted buenísima y primorosa; la considero a usted capaz de hacer feliz al hombre más exigente. Tengo cincuenta y dos años, buena salud y una renta de muchos miles de duros. ¿Quiérete usted casarse conmigo? ¡Ah! No tengo mal genio.

La pobre niña soltó la aguja de las manos; dejó caer al suelo la labor, miró a su madre, que estaba estupefacta, y se echó a llorar como una Magdalena. Aquella noche no hubo conversación ni respuesta posibles, porque a Manolita le dió una congoja, a su madre un síncope y D. Luis salió de allí en busca de su criada para que hiciese tazas de tila. Del mismo brevaje tuvo que tomar también D. Luis, porque cuando él salió a llamar a su casa, Manolita, volvió en sí, y sintiendo que se ahogaba aflojó el cuerpo del vestido y se desabrochó el corsé para respirar más a gusto. En seguida tornó a subir D. Luis, y, como la puerta del sotabanco había quedado abierta, entró sin llamar, sorprendiendo a Manolita con algo más que la garganta al descubierto; y aquel algo era tan maravillosamente blanco, precioso y bien formado, que el pobre señor sufrió una conmoción indefinible: las piernas le flaquearon, palideció, tuvo que sentarse, y por fin, sin saber lo que hacía, tomó la taza de tila que aún no había tocado Manolita y se la bebió lentamente, mientras la muchacha, confusa y avergonzada, se abrochaba el corsé y se echaba los botones volviéndose de espaldas.

Al día siguiente, la madre de Manolita llamó a D. Luis y le dijo que su hija le aceptaba agradecidísima por esposo. A los dos meses los novios habían puesto una casa que era un encanto: les costaba doce mil reales al año y gastaron en alhajarla cinco mil duros.

Ya lo tenían todo preparado, y arreglado en la vi-

caría el preciso expediente, cuando una tarde subió D. Luis al sotabanco. Manolita y su madre no estaban pero sí la portera, a quien habían dado la llave para que subiese unos paquetes de encargos que debían llevarles.—Las esperaré aquí,—dijo D. Luis. La portera se bajó a su chiribitil, y D. Luis se quedó solo, paseando la mirada sobre aquellos miserables muebles que Manolita habría de cambiar pronto por otros lujosos y más en armonía con su peregrina belleza. Al cabo de un rato no se contentó el buen señor con mirar, sino que se levantó y comenzó a examinarlo todo minuciosamente. Vió la pobre mesa de labor, sobre la cual tanto había trabajado su futura, la mesa de comer que tan baratos manjares sustentó, la cama de la madre con limpias pero humildísimas ropas, en todo se fijó. Por último tuvo un capricho: ver el cuarto y la cama de Manolita.

Era una alcobita donde no había más que la cama con colcha de indiana un baulito sobre banquillos y una mesita; y ¡oh sorpresa! encima de la mesa había una jicara con tinta, una pluma, una carpeta hecha con un periódico doblado y una carta sin concluir. Además, el cajón de la mesa estaba abierto y en su interior se veían dos gruesos paquetes de cartas metidas todavía en sus conservados sobres y atadas con cintas de colores, cintas que D. Luis conoció ser de aquellas que habían venido sujetando en las cajas las ropas que había comprado para que las bordase Manolita. Aquellas cartas estaban dirigidas a Manolita. D. Luis no se pudo contener: deslió uno de los paquetes, y pasó la vista por varias de las epístolas. Todas eran de la misma mano, tenían igual firma, empezaban y concluían con palabras de amor, promesas de caricias y esperanzas de besos. Ciego de cólera cogió por último la carta que estaba sobre la mesa, la escribió por Manolita. Le faltaba el final, pero lo que decía aunque truncado, era un poema. El párrafo más importante era este:

“No te canses ni me escribas, ni me mortifiques, ni aumentes mis penas repitiéndome que me quieres con toda tu alma como yo te quiero a ti. Me caso para que mi madre muera tranquila en buena cama y bien cuidada en vez de morir en un hospital, porque mis ojos cegarán a fuerza de llanto y trabajo y no podré mantenerla si vive; ni enterrarla si muere. Y nunca, nunca pienses que seré capaz de engañar a D.

Luis. No le amo porque te amo a ti, ¿lo entiendes? pero, aunque me hagan trizas el cuerpo y me consuman el alma, jamás seré mala para con el hombre que me da su nombre. Te devuelvo tus cartas y te pido perdón.”

Por eso estaban las cartas de él cuidadosamente atadas en paquetes: para devolvérselas.

D. Luis se sentó sobre el baul de Manolita, dejó caer la cabeza sobre el pecho, sintió que le rodaban por las mejillas dos lágrimas como dos guisantes, y luego, de pronto, se levantó, se enjugó el llanto con una punta de la colcha de indiana y dejándolo todo con sumo cuidado, según lo encontró, salió de la alcoba y se bajó a su casa; más antes de salir se fijó en el sobrescrito que Manolita tenía preparado para aquella admirable carta.

La noche que pasó D. Luis no tuvo nada de envidiable; mas era tan bueno, que en vez de ser rabia la que le dominase, se le entró al alma una melancolía plácida y tranquila que le desalteró el espíritu sirviéndole de calmante. Al vestirse a la mañana siguiente, se vió el cuerpo flacucho, usado, vencido del trabajo, agobiado por los años y acordándose de aquella blancura deliciosa que contempló un momento cuando la congoja de Manolita, sonrió tristemente murmurando:

—¡Ya es tarde!

Al día siguiente la chica y su madre no vieron a D. Luis, al otro tampoco; al cuarto se les presentó un amigo para decirles que el pobre señor había emprendido un viaje muy largo, dejándole encargo de entregarles un rollo de papeles y una carta. Los papeles eran títulos de la Deuda que representaban una renta más que bastante para vivir con comodidad sin pensar en lo porvenir. La carta no decía más que esto:

“Manolita: Eres demasiado buena como yo he sido demasiado tonto imaginando que me podías querer. Para tu virtud y tu hermosura no hay en el mundo más que un premio: el amor. ¡Lo único que yo no sabía darte! He averiguado que tu novio es listo, trabajador y honrado; además es joven y guapo. Sólo os faltaba para ser felices un poco de dinero: yo os lo regalo. Recibidlo sin humillación como yo he aceptado sin rebelarme contra ella, la lección que en tu alcoba me deparó la casualidad que por esta vez merece nombre de Providencia. ¡Cómo ha de ser! Pasados algunos meses os escribiré y si tenéis un hijo vendré para apadrinarle.”

Manolita se casó con su novio que cumplió con ella como amantísimo esposo; D. Luis también cumplió su palabra, pues acabas de verle paseando al niño como si fuera suyo!

—Tu relato—dijo a mi amigo—es tan sencillo y conmovedor, que parece cuento inocente para incluirlo en el libro dedicado a educandas. Casi resulta cursi.

—Tienes razón, pero es ciertísimo—repuso Pepe, añadiendo:—Si el hecho de encontrar a D. Luis las cartas del novio de Manolita hubiera sido una farsa amañada por ella, lo creeríamos sin vacilar. Su sacrificio era sincero y andamos rehacios en darle crédito. ¿Qué levadura de torpeza ó sedimento de maldad habrá en el fondo de la conciencia humana, para que sin esfuerzo acojamos lo censurable y con tanta facilidad demos de lo bueno?

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX — ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 1.

I. PRINCE.

Se llamaba Prince... y así se llama todavía porque está robusto y vigoroso y no da señales de morir. Su madre, una anglo-sajona muy bella y muy aristocrática, fría en apariencia pero con pasiones de sevillana, era conocida con el nombre de Cora, le dió á luz cierto día en Antsirana, en la barraca de un Coronel de infantería de marina que por aquellos días había partido á practicar un reconocimiento del lado de Matsinzou en la frontera meridional de la posesión francesa de Diego Suárez.

Serían en París las dos y media de la madrugada cuando Prince nació, y París, ciudad — luz — empezaba apenas á dormirse, en tanto que la sombría Antsirana se despertaba iluminándose. Si Antsirana hubiera tenido relojes, éstos estarían señalando las seis por lo menos porque el sol enorme y rojizo acababa de aparecer y subía lentamente rodeado de una aureola de oro el islote dei Pain de Sucre. La brisa encalmada durante la noche comenzaba á soplar tempestuosa, ahogando los gritos de la pobre madre que llamaba al ordenanza del coronel.

Los gallos habaín enronquecido á fuerza de cantar, pero logrando que despertaran y se en-

tregaran á sus labores las mujeres malgachas, al gunas de las cuales peinaban á sus hijos en la puerta de las chozas, mientras otras con el cántaro equilibrado en la cabeza iban á la fuente por agua.

En los patios rodeados de empalizadas de poca altura se oía el ruido monótono que se hace al apilar el arroz y descascararlo en los morteros, mientras picoteaban cloqueando al rededor numerosas gallinas.

Los hombres, más perezosos, permanecían aún tendidos sobre sus jergones, con sus ojos abiertos contemplando el espacio y con sus cabezas vacías y encrespadas. En los cuarteles, construcciones ligeras rápidamente levantadas

por los blancos, los soldados tomaban alegremente su café respirando con delicia el aire fresco de la mañana, ese aire tan suave, tan puro en apariencia, pero que lleva consigo los gérmenes de la malaria que es el azote de la isla.

Los compradores de vermouth, de ajeno y de conservas, únicos negociantes de la naciente colonia, habían abierto ya sus depachos y esperaban á los clientes matinales en tanto que los indios venidos de Malabar para traer á los negros telas inglesas, dormían todavía tras de sus puertas herradas.

Como si tuviera prisa de ver la aurora, Prince nació en estos momentos, sin que su nacimiento ilegítimole preocupara gran cosa. Es oportuno hacer observar aquí que nadie sabía quién era el padre de la criatura. De pronto, para hacer deducciones, el niño presentaba una cabellera rubia, casi albina, cabeza ancha, ojos zarcos y boca mal cortada. Sus buenas cualidades de inteligencia y fuerza no se desarrollaron sino mucho más tarde; y con razón el coronel al verlo recién nacido, exclamó: ¡qué animal tan feo!

Estas cuatro palabras fueron su condenación y se le sentenció á ser expulsado, siendo el asistente ejecutor de la sentencia y desplegando para ello tanto celo, que no había más qué pedir. Asíó bruscamente al chico por el cuello y lo arrojó á la cuadra vecina sin cuidarse de la madre que gruñía enseñándole los dientes.

—Bárbaro! dijo el Coronel: no te excedas!

Prince tenía hermanos y hermanas que con él fueron depositados en la cuadra al lado de Margot la yegua.

—Los dejamos allí, mi coronel?

—Nunca. Qué voy á hacer con esos animales? Regálaselos á alguien y si no, ahógalos.

—Está bien, mi coronel; contestó el soldado.

Dos de los menos feos de la partida fueron pedidos por los oficiales; y un mes más tarde no habiéndose presentado colocación para los demás, el ordenanza decidido á cumplir la orden recibida, se dirigió lentamente al mar con su inútil carga. Llegaba ya á la playa, cuando una mano pesada se apoyó en su hombro. El se volvió y dijo:

—Toma! El padre Ivon. Es cierto que va usted á pasar á la Aduana?

—Puede suceder. . . y qué haces tú con esos perros?

—Voy á ahogarlos.

—Pobrecillos! Dame éste.

Y tomó uno al azar.

—Tome usted los tres. En la Aduana son útiles los perros.

—Dices bien. Traelos á casa y tomaremos por el camino un vaso de aguardiente.

—Con mucho gusto, señor Ivon.

Y esta es la historia de cómo Prince escapó milagrosamente á la muerte y tuvo su primer dueño.

¡Qué misteriosos encadenamientos de la vida! ¡qué ocultos lazos de la planta al animal y del animal al hombre!

Sin el nacimiento de este perro acaso la señorita Nelly. Pobre señorita Nelly!

Pero volvamos á Ivon.

Este Ivon era el tipo de los aventureros que no alcanzan éxito en empresa alguna como se ve frecuentemente en las colonias. Salido de Brest en la fragata *Astrea* á la edad de diez y ocho años, había llegado á los sesenta sin haber podido regresar á Francia. Robusto siempre, ensayó todos los oficios: marinero del Estado, luego patrón de barco en Borbón y en Madagascar, comerciante de ganado, vendedor de carapachos de tortuga, jefe de partido, ingeniero, agricultor y oficial de Sakalavos que son los eternos enemigos de los Hovas.

Conocía admirablemente la costa desde Fort-Dauphin y Cap d'Ambre hasta Tulear y en el interior había avanzado por enmedio de los Hovas hasta Tananarive en una época que ese viaje se consideraba como imposible. Lo iban á matar, pero una dama de la corte llamada Mora Foutzy se enamoró de él y se casó, lo cual es otro género de muerte, y habría podido, gracias á su matrimonio, obtener una brillante posición oficial á no impedírselo su odio á la raza de los Hovas.

Pasados los años vino á establecerse en Diego Suárez después de la expedición francesa en 1882 á la que prestó grandes servicios y aceptó el puesto de intérprete, aunque á pesar suyo, pues amaba mucho la libertad y le era enojoso vivir bajo un techo y al lado de sus jefes.

Ahora su ambición era que se le nombrara

aduanero de mar, oficio que en otro tiempo le inspiraba el más alto desprecio dada su calidad de marinero y de contrabandista, y soñaba con recorrer aquellas playas que tanto conocía y tender lazos á los defraudadores del fisco.

Lo que le había decidido á aceptar los tres perros, era en parte la intención de adiestrarlos para la caza de los negros y en parte la idea de que Mora Foutzy que se había vuelto con la edad áspera y regañona, rabiaria con estos nuevos huéspedes, y ya preveía escenas en que iba á reír bajo sus barbas blancas de patriarca. Pero el viejo, á pesar de su larga experiencia no conocía á las mujeres, pues Mora se manifestó verdaderamente encantada del obsequio, sólo que á la mañana siguiente desapareció uno de los perros sin que ningún esfuerzo bastara á recobrarlo ni á encontrar sus huellas. Mora estaba inconsolable á tal extremo, que Ivon se vió en la necesidad de calmar su dolor.

—Después de todo, le dijo, quedan dos todavía y con esos nos basta.

Pero quince días más tarde desapareció otro y el último dos meses después. Este era Prince, el más feo.

De rabia Ivon rompió una pipa; y no porque tuviera mucho amor á sus perros, sino por lo mucho que le contrariaba la idea de haber sido robado él, un futuro aduanero, por el misterio de estos robos y por la vaga sospecha de que su mujer lo había burlado.

—Si Prince no había sido muerto—y miraba fijamente á Mora impassible bajo su máscara negra—si Prince no había sido muerto. de fijo ¡canastos! que lo encontraría, porque lo conocía bien y el ladrón la pasaría mal entre sus manos.

Mientras ese momento llegaba, tomó su bastón, salió y cerrando bruscamente la puerta se dirigió á la playa. Por fortuna un barco de guerra acababa de llegar y después de describir una elegante curva, se detuvo como un caballo guiado por hábil jinete.

El padre Ivon se entusiasmó y hasta olvidó á sus perros viendo y oyendo al capitán que mandaba la maniobra de anclar, y recreándose con ese ruido especial de la cadena que resbala, especie de vocalización de gigante, carcajada de estruendosa alegría como si el barco expresara así su satisfacción al verse al abrigo del puerto.

Era muy agraciado el que acababa de llegar, tan fino de corte, tan bien asentado sobre el agua con sus dos mástiles traviesamente echados para

atrás, y en la proa el cañón luciente, cuya redonda boca parecía el ojo de un cíclope. Se llamaba *El Colibri* y era una goleta cañonera, nuevo género de navíos muy apropiado al servicio que hacía en el Océano Indico. Tenía dos palos que le permitían navegar á la vela y una poderosa máquina de vapor para vencer á los vientos contrarios. Dos cañones de diez centímetros formaban su principal armamento.

El departamento del Comandante estaba situado á proa del palo mayor, bajo el puente, y de modo que recibía por todos lados aire y luz, esos dos vehículos de la salud según la expresión del sabio Mr. Lerbon con quien pronto haremos amistades.

Cuando se penetraba por una doble escalera de peldaños relucientes, admiraba uno el cuidado y la previsión que habían presidido á todo el arreglo del interior del buque, y parecía increíble que tantas cosas útiles que constituían una instalación completa, cupieran en espacio tan reducido. Los barcos del Estado, en efecto, amueblados generalmente de un modo muy escaso, no suelen procurar esas agradables sorpresas. En el comedor había una hermosa mesa de madera esculpida que después de la comida, podía transformarse en dos mesas de juego. A los lados de este departamento había en el de babor un cuarto de baños y en el de estribor dos elegantes dormitorios. Por una puerta de dos hojas á popa, se entraba al salón, en el fondo del cual había otro magnífico dormitorio; de este salón podía irse al baño por una puertecilla y sin pasar por el comedor. Todo estaba perfectamente amueblado y tapizado de pieles de España y de Rusia, de matices pálidos, y con cortinajes que recordaban la frescura de las hojas de rafia con que habían sido tejidos.

El camarote del salón pertenecía más particularmente al Comandante, Teniente de navío Juan de Chalmont y los otros dos estaban de ordinario desocupados, porque Mr. de Chalmont era el único oficial á bordo. Su segundo, primer contra-maestre y timonel (que le era muy adicto) no tenía grado superior y se alojaba en la proa.

Desde hacía ya dos meses uno de los camarotes del comedor, ó mejor dicho los dos, servían de alojamiento á un sujeto excelente, súbdito francés nacido en una de esas Islas inglesas en que como en las de Mauricio y Borbón hay franceses todavía. Se llamaba Mr. Lerbón, era Doctor, miembro correspondiente de varias sociedades sabias de Francia y del Reino Unido, y había escrito dos



libros muy documentados, uno sobre la hoja insectívora, y otro referente al coco doble de la *Is-la Prasin*, esas dos excentricidades de la naturaleza que no se encuentran sino en las Seyquellas. Ahora se entregaba con pasión, con furor, al estudio de las arañas, y como Madagascar cuenta con una colección riquísima y especial para verlas y estudiarlas vivas y de cerca, había pedido y obtenido el permiso de embarcarse en el *Colibri* en calidad de Doctor voluntario y sin sueldo.

Tenía cerca de cuarenta y cinco años y habría sido rubio, un tanto azafranado, si algunas canas no hubieran venido á cambiar el color de su barba y sus cabellos. La barba era crecida y los cabellos raros; su cara huesosa; su fisonomía sería pero dulce; sus ojos vivos y muy observadores; su cuerpo muy alto y muy flaco. Aunque tenía cierto aspecto de sabio alemán, adoraba á Francia y había estado allí muchas veces. Detalle inverosímil: no usaba anteojos.

Para vivir en su compañía era el mejor hombre del mundo, oía con agrado la charla y sabía tomar parte en ella cuando no le traían muy ocupado sus arañas. Las arañas! única pasión que hasta entonces le había observado el Comandante, que aun no le conocía bastante bien.

El día de la llegada á Diego-Suárez, Lerbón había recojido ya numerosos materiales para su obra maestra, la que debía darle mayor celebridad, «Las arácnides de Madagascar,» pero había un punto todavía obscuro que le preocupaba hondamente.

J. B. Dumont había escrito:

«Lo que hay de más notable en la tela de la rica y bella Arácnide de bandas de plata (*Epeira Maurilie*) es un hilo de seda blanco y luciente más grueso que los otros, y situado verticalmente en el centro del rosetón en forma de zig zag.»

«Yo no he podido descubrir nunca, nunca, manifestaba con melancolía J. B. Dumont; el uso de esa bellísima hebra de un color diferente, colocada de un modo tan particular.»

Lerbón tampoco había podido descubrirlo y de aquí la causa de todas sus tristezas y frecuentemente intentaba pintárselas al Comandante con los más vivos colores; pero éste se le reía á las barbas, le recomendaba que se cuidara contra esa obsesión y se iba á su departamento á ver el mar. Allí tenía sus libros, su alcoba y su cuarto de baños, de consiguiente, sólo en el comedor se reunían los dos amigos á la hora de la comida. En las bajadas á tierra, por el contrario, estaban frecuentemente juntos, á menos que el Doctor no se lanzara á una excursión especial de arañas; y lo que sorprendía en este caso á Juan de Chalmont, era que el bravo Lerbón regresaba á veces muy fatigado despues de una larga ausencia y no traía sin embargo, ni una sola araña. ¿Tendría alguna otra pasión oculta aquel excelente Doctor?

¡Ah! se cuidaba bastante en efecto de las arañas, esas pacientes trabajadoras que tendían cobardemente sus telas para engullirse á las moscas; y para el Comandante, las moscas eran quienes tenían toda su simpatía porque se le parecían un poco con su vivacidad de impresiones y su humor vagabundo, pues amaba tanto el campo que aunque se sentía bien en todas partes, se hubiera dicho que no le agradaba ninguna. Y no obstante eso, todo le entusiasmaba, los hombres y las cosas, la naturaleza y la ciencia, y especialmente las mujeres con las que había mariposeado bastante, á derecha é izquierda, en todas las latitudes y las longitudes del globo! Era á la vez sencillo y escéptico, sentimental é incrédulo y venía buscando sin cesar el amor, pero el amor sincero, el amor verdadero y le llamaba en voz baja, en lo íntimo de su alma mientras reía en voz alta.

Hasta aquí sus grandes pasiones, excepción hecha de la que tenía por su barco, no le habían durado nunca más de tres meses, y esto era seguramente, según la graciosa frase del Doctor Lerbón, porque no había encontrado más que arañas vulgares de hilos lácidos y sin fuerza, pero ¿quién sabe si algún día encontraría á la bella *Epeira* con su hilo poderoso?

La marina y su barco, eran otra cosa y la pasión por ellos le había durado y le duraría mucho tiempo: cuidaba con afán á su *Colibri*, se ocupaba constantemente de él y lo embellecía sin cesar. Aoras de grande inquietud había pasado vigilando su marcha en esas aguas sin faros durante las noches negras y tempestuosas entre los arrecifes ocultos que azotaban las olas furiosas, empujadas por vientos y corrientes; y acostumbrado á

hablar con su barco, á dirigirle frases de reproche ó de aliento, había concluido por prestarle una alma, la suya propia; y cualquiera desgarradura de esa cáscara de madera, la habría sentido como hecha en su mismo cuerpo.

Después de haber anclado, el Comandante Chalmont estaba ya tranquilo y todo se hallaba en orden á bordo. El barco, ni demasiado cerca ni demasiado lejos de tierra descansaba al abrigo de todo riesgo en una bahía muy segura, por lo cual, tranquilo sobre este punto, podía dejar al segundo cuidando todo durante algunos días en los que emprendería una excursión con el Doctor; pero como antes le era necesario hacer una visita á las autoridades del país, el Gobernador y el Coronel, entró á su camarote á cambiarse por un traje más correcto su ropa de servicio, y dió la orden de que entre tanto echaran al agua la ballenera.

Mientras esto ocurría en el barco de guerra, Ivon sentado en una toza de madera hacía sus reflexiones de lobo marino. «*El Colibri*» venía rara vez á Diego, ¿qué causa lo podía traer?

Su servicio le correspondía más bien en el canal de Mozambique y en esos archipiélagos numerosos que no están ligados por vapores correos; Comore, Anjonan, Mohelia y hasta Los Almirantes y las Seiqueellas. En el Sur iba con frecuencia á Fort Dauphin pero no solía pasar de Madagascar y Tananarive, sin hacer jamás escala en Borbón ni en Mauricio, esas dos perlas del Océano Indico, lo que Comandante y Doctor lamentaban el uno á causa de las notables arañas que hay en esas islas, y el otro á causa de las seductoras criollas tan justamente afamadas, y entre las que la *Epeira* podría presentarse.

—Puesto que el *Colibri* llega á la vela, se decía Ivon, viene indudablemente del Sur, de Santa María ó de Tamatave, tal vez de la Reunión y acaso traiga noticias y frutas y legumbres que serán recibidas con entusiasmo en esta isla de Diego, donde nada se produce, donde la tierra enrojecida, árida y seca se levanta en torbellinos de polvo tres cuartas partes del año y se convierte en fango pegajoso y profundo durante la otra cuarta.

Ivon se vanagloriaba de que no sería olvidado en la distribución, porque contaba con amigos en el *Colibri* desde el grumete hasta el Comandante. Y he aquí que se había arriado un bote de á bordo y que se distinguía al Comandante con su sable y sus charreteras aprestándose á descender. Rápidamente se trasladó Ivon á la punta del muelle de madera para ser el primero en darle la bienvenida.

El bote, impulsado por seis vigorosos remeros, llegó en breve y atracó junto á la escalera.

—Buenos días, viejo: bien como siempre? dijo Juan de Chalmont saltando ágilmente á tierra y estrechando la mano del anciano bretón.

—Lo mismo, siempre lo mismo, contestó el aludido sonriendo muy halagado por esta familiaridad demostrada delante de los respetuosos marineros.

—Vamos, acompáñeme; voy á casa del Coronel y por el camino me contará usted los chismes del país.

—Por aquí no hay nada nuevo: á usted le toca, si no hay en ello indiscreción, decirme que viene á hacer por acá el *Colibri* y si permanecerá usted por algún tiempo entre nosotros.

—Vengo del Sur, de Tamatave; todo está tranquilo por allá y debo llegar en quince días ó un mes, á mi antojo, á las Islas Comoras. Como conozco poco á Diego pensé que esta era mi oportunidad de venir; y como el doctor Lerbon lo conoce menos todavía....

—El cazador de arañas?

—Sí. Resolví mostrarle la colonia, cosa que no hice la última vez que estuve aquí muy de paso. Ahora la estación no es todavía mal sana y por eso pienso aprovecharla.

—Hace usted bien. Hay excursiones que le van á interesar mucho y que le recomiendo.

—Cuáles?

—De pronto, una ascensión á la montaña de Ambar.

—Diablo! Eso es un viaje rudo que necesita preparativos y dura mucho tiempo.

—No tanto como se cree, respondió vagamente Ivon cuya atención fué atraída por un perrito que apareció á lo lejos.

—Cuántos días?

—Tres meses. Cuando menos tenía tres meses, contestó más distraído aún.

—Cómo tres meses? Pues de que habla usted?

Pero el intérprete no pudo rectificar. De un salto partió y dió á correr tratando de alcanzar á un Hova que seguía á un perro flaco y amarillo cuya cola se levantaba como un plumero.

El indígena y el perro atravesaban ágilmente al llano de Antsirana y el bretón, encaprichado, corría con todas sus fuerzas hasta perder el aliento; pero sintiendo que no podía avanzar más, tuvo la mala idea de gritar:

—Detenedlo! Detened al ratero! Es de Ambohimarina. Detenedlo!

Esta explosión de gritos produjo el efecto de costumbre, pues en lugar de moverse los transeúntes, se detuvieron, y el Hova en tanto se inclinó, tomó en brazos al perro y continuó su carrera.

Pronto se perdió de vista á los dos y entonces de Chalmont, encogiéndose de hombros como quien renuncia á descifrar un enigma se encaminó á la modesta casa de madera que abrigaba provisionalmente al Gobernador y su familia.

Cuando salió, después de una corta visita, encontró á Ivon, muy fatigado que le esperaba.

—Ah! bandido, decía siguiendo en su idea fija, yo lo atraparé. Es de Ambohimarina, pero no importa: le atraparé de todas maneras.

—¿Qué le hizo á usted ese hombre? interrogó de Chalmont.

El intérprete sonrió.

—Oh! Poca cosa en suma. Pero lo que me irrita es la forma ¿sabe usted?

Entonces le refirió la historia de sus perros, sus sospechas relativas á Mora, la certidumbre de haber vislumbrado si no á Prince á uno de sus hermanos y su deseo violento de darle un castigo al ladrón.

Luego añadió:

En Ambohimarina, los Hovas están absolutamente en su casa: otras veces he ido pero ahora es difícil, y sin embargo sabré encontrar el medio. Vaya! ya lo encontré. . . . Me hablaba usted de una excursión. Vamos allí.

—¿Ambohimarina no es la famosa fortaleza de que se enorgullecen los Hovas, que la llaman *nido de águila* y es una vieja ciudad levantada sobre una cumbre inaccesible?

—Justamente. Está á 30 kilómetros de aquí y á 300 metros de altura y poniendo escalas en las rocas la subida es fácil. Allí, un panorama soberbio y además una ciudad enteramente Hova cuyos habitantes puede usted estudiar de cerca.

—La idea es tentadora. Pero pienso que esa ciudad está cerrada para los extranjeros.

—Para usted no, por su carácter oficial. No tiene usted más que escribir al gobernador de Ambohimarina que desea visitarlo y entonces envanecido y halagado contestará que lo espera á usted y á su escolta. Hacemos luego los preparativos y voy como intérprete de la expedición.

—¿Qué se necesita?

—Pedir mulas al Director de artillería de Diego. ¿Cuántos serán los expedicionarios?

—El Doctor, necesariamente; usted, yo y un criado.

—Entonces bastan ocho mulas; una para cada uno de nosotros, otra para el forraje, otra para víveres y equipaje, y dos para los conductores artilleros.

—Puesto que hay mulas, me resuelvo. Asunto convenido.

—Ivon, satisfecho, se apresuró á decir:

—Saldremos á las seis de la mañana y caminaremos al paso porque los senderos no son cómodos; nos detendremos á almorzar junto á un arroyuelo lindísimo que conozco, y luego, una vez dormida la siesta, iremos al *nido de águila* donde llegaremos á las tres y media de la tarde. Los conductores se quedarán con las mulas en la aldea de *La Base* y usted seguirá en «*filakón*.»

—¿En esa rudimentaria silla de manos formada por dos ramas, un débil asiento y un toldo de trapo?

—Irá usted muy cómodo y sin sacudida alguna, porque los Hovas son los mejores cargadores del mundo.

—Eso dicen. ¿Cómo se llama el Gobernador de Ambohimarina?

—Sameloranavaritanana, Gobernador de Ambohimarina y de la provincia de Antankarés, General de División, Décimo sexto Honor y Ayudante de Campo del Primer Ministro.

—Demonio! ¿Cuántos nombres y cuántos títulos! ¿Y piensa usted que ese señor me contestará?

—En el acto. Escribiéndole mañana tendrá



usted la respuesta el viernes, y el sábado á las seis nos pondremos en camino.

—Pues queda arreglado. Voy á ver al Coronel de Infantería y al Director de Artillería, y el sábado á las cinco y media desembarcaré en el muelle. ¿Me esperará usted allí?

—Me guardaré de faltar. Reciba usted mis respetos, Comandante.

—Hasta la vista, amigo mío!

Y el buen Ivon se alejó frotándose las manos de alegría.

II

AMBOHIMARINA—HOSPITALIDAD HOVA.

El sábado 2 de Octubre de 1886 á las seis de la mañana, la brisa soplaba como siempre inclinando los árboles en una misma dirección y rompiendo á los que se resistían.

Allá arriba, en los llanos, entre la yerba escasa y desecada, el polvo rojizo se levantaba en torbellinos, descendía á Antsirana, caía en los bosques y se colaba por las calles para ir á perderse sobre las olas en el horizonte que oscurecía.

El mar aparecía emblanquecido por las olas bajas y cortas que se sucedían rápidas, presurosas, alcanzándose, y venían á reventar en la playa en una explosión de espumas deslumbradoras.

Por el estrecho sendero que va á lo largo de la costa, una pequeña caravana caminaba al paso lento de las mulas y contemplaba con mirada familiar las islas que pueblan la rada. El islote del Sepulcro con su dombo escarpado; la península de Diego que semeja la cabeza de un caimán que se perfila sobre el cielo con aire amenazador; la Isla de la Luna atravesada en la entrada de la bahía como Cerbero en el dintel del infierno; más allá el Cabo de Ambar con que terminan en punta las tierras de Madagascar; el vasto y temible arrecife hipócritamente oculto bajo una agua tranquila, atrayente, que revela sólo el obscuro peligro por el color verde de que está teñida, como si el escollo destilara algún jugo venenoso; más cerca el islote del Pílon de azúcar que

se ve desde todas partes y que obsesa los ojos con su cono regular, monótono y desnudo. En el interior y á lo lejos, la montaña de Ambar, de tres picos, la montaña sagrada que los naturales no se atreven á trepar sin temor.

Pronto la caravana deja á su izquierda un cañón de montañas niveladas como la cresta de un muro y agujereadas aquí y allá por desgarraduras semejantes á aspilleras. Poco á poco el sendero se borra, el valle se ensaneca, y en el fondo nuevas montañas aparecen.

—Salud! dijo con alegría el Comandante á Ivon que llevaba con frecuencia á los labios un calabazo que traía colgado de sus hombros en bandolera.

(Continuará)

PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1.—SOMBRERO ROXANA.

EL TOCADOR

Hablemos de los cuidados que exige el rostro. Parece que algunas mujeres y entre ellas se cita á la Patti, consideran que lavarse la cara echa á perder el cutis y no se someten nunca á tal operación. Parecenos indudable que el efecto debe ser contraproducente. De todos modos, se necesita tomar algunas precauciones.

Las señoras de rostro muy encendido harán bien en no servirse de agua fría que indudablemente aumentaría su color. Úsese en tal caso el agua tibia sin jabón. Después se da un poco de polvos de arroz y se deja secar sin enjugarse. Hay que enjugarse la cara suavemente con una toalla fina, pues si la fricción es rápida y basta la toalla se endurece el cutis. Es nocivo para la belleza lavarse metiendo la cara en el agua ó con gran cantidad de ésta. Lo mejor es una toalla fina humedecida y pasarla suavemente sobre el rostro. Puede decirse no obstante que en esta materia hay pareceres muy distintos. La baronesa de Staffe cita el caso de una señora de cincuenta años, que tiene el cutis fino como una señorita y que se ha lavado toda su vida con agua caliente atribuyendo á esto su ausencia de arrugas. Otra emplea después del baño de agua caliente uno de fría. Las hay que se lavan la cara al acostarse con agua caliente y por la mañana con fría. Parece que una belleza parisiense célebre

procede así: remoja en agua tibia una toalla fina, la tuerce bien y se la pone sobre el rostro, dejándola así una media hora. Al cabo de este tiempo la retira y, con las manos perfectamente lavadas, se fricciona el rostro para quitar, mediante la humedad momentánea del cutis, el polvo é impurezas que podía haber sobre él.

Hay sin embargo multitud de mujeres, conocidas de todo el mundo, que se lavan con el agua tal como la da el tiempo y que tiene cutis excelente. En nuestros países, donde no abundan los colores, es tal vez de recomendar el agua fría.

Lo que no puede recomendarse es la adición de aguas alcohólicas, como la de Colonia, á la que sirve para lavarse el rostro, porque esto seca la piel, cierra los poros é impide la respiración y transpiración cutánea.

Algunas personas se enjabonan el rostro, otras pretenden que e.o pone el cutis á la larga en estado lamentable. Puede que ambas teorías tengan razón, esto es que el enjabonado del rostro sea bueno ó malo según el jabón que se emplea. Escójasele en una casa de confianza y además no se le emplee si hace calor. El zumo de limón es preferible, lo mismo que el de la fresa. Algunas personas conoço yo que tienen cutis magnífico y que se limitan á emplear en el agua migajón de pan bien remojado. Claro está que la acción se debe en este caso al almidón.

Debe tenerse en cuenta que el color del cutis, su limpieza, su tono hermoso, ese no se qué sin el cual no puede decirse que una mujer es realmente bella, no depende sólo de los cuidados exteriores, si lo principalmente de la constitución, de la salud, del temperamento. Hay familias donde se encanece pronto, otras donde las gentes se mueren de viejas sin un cabello blanco; en algunas la belleza del cutis y de su coloración es hereditaria; otras se transmiten de padre á hijo bellas facciones y un cutis feo. La mujer tiene razón en preocuparse de este punto, pues á lo mejor un cutis hermoso da la belleza que no existe en las facciones. «Fulana, dice una amiga, tiene la nariz mal hecha, los ojos chicos, la boca torcida, le falta cabellera, los pómulos salientes.—Y sin embargo es magnífica,» replica algún hombre presente. Todo el secreto, añadiré yo, estriba en la blancura y delicadeza de su cutis.

La sangre pura, que no transmite escrófulas ni restos de ciertas enfermedades, es sin disputa uno de los mejores preservativos de la belleza femenina. Por esto, y por muchísimas otras razones, hacen bien los padres que, antes de consentir en el casamiento de sus hijos ó hijas, procuran enterarse del estado de salud de la familia con que van á unirse.

Una buena alimentación, sana sin ser demasiado carnívora, cuidados constantes, vida virtuosa y activa y cuidados higiénicos y medicinales apenas se

sienta alguna indisposición ó que el color del cutis sea enfermizo, contribuirán mucho á la hermosura del cutis.

Hay personas subidas de color que lamentándolo mucho procuran ocultarlo á fuerza de polvo de arroz. Mejor harían moderando su exagerado apetito, haciendo algún ejercicio, en suma, combatiendo la plétora que les da esa rubicundez para ellas tan desagradable.

Una autora dice: «Conviene preservarse el rostro del ardor muy vivo del calor artificial. El frio es desfavorable á las morenas, el aire caliente á las rubias y cada vez que se puede elegir un sitio de paseo procúrese no tener el rostro azotado por el viento»

Las irlandesas del pueblo que se alimentan con patatas sobre todo, tienen un cutis magnífico, que se atribuye á la alimentación exclusivamente vegetal. En inglés hay una expresión que alude á esa circunstancia: «*irish beauti*» belleza irlandesa.

Vengamos ahora, ya que se habla de cutis, á la gran cuestión de las arrugas, indicadores de belleza y de edad decadente, tormento del sexo débil en toda la redondez del planeta.

Sábase que una italiana establecida recientemente en Nueva York, ha logrado hacer bellas á las feas persuadiéndolas de ciertas señales de cansancio en el rostro, se deben á malas prácticas que la mayor parte de las mujeres adoptan. Hay algunas que están constantemente frunciendo las cejas, y que así se cruzan la frente por profunda arruga. Otras levantan las cejas como si quisieran tocar la raíz del pelo y logran tener profundas arrugas horizontales que les van de una sien á otra. La de más allá se sonríe todo el día y acaba por contraer el rostro en eterna mueca. La otra va y viene con los labios de oreja á oreja y se deforma la parte inferior de la cara. Pues bien, sepase que si se evitaran estas perniciosas prácticas se tendrían muchas menos arrugas, y éstas aparecerían mucho más tarde.

Para evitar las arrugas y retardar la formación de esas bolsas y papadas tan feas en el rostro, conviene lavarse y enjugarse el rostro de abajo arriba, nunca de arriba abajo. Se retarda la pata de gallo, esas arrugas horribles que tienen en el ángulo exterior de los ojos muchas mujeres, aun jóvenes, casi niñas, es preciso lavarse y enjugarse los ojos no en la dirección de la nariz á la sien, sino por el contrario en la de la sien á la nariz.

Dícese que algunas mujeres del gran mundo retardan la aparición de las arrugas metiéndose en cama apenas se sienten cansadas, y permaneciendo ahí hasta que la fatiga resultante de las malas noches ó de alguna contrariedad ha desaparecido por completo. Es indudable que este remedio no está al alcance de todo el mundo. Otro más sencillo es cerrar los ojos y dejar el rostro en reposo varias veces durante el día y en cada ocasión algunos minutos.

Otras personas hacen lo siguiente: Una vez por semana se acuestan una noche y no se levantan al día siguiente más que un instante para que les hagan la cama y tomar algún alimento. Esas treinta y seis horas de cama ejercen efecto saludable. Cuéntase de una señora que no obstante llevar vida de comidas y bailes continuos durante un invierno en París, llegó al fin de la temporada fresca y lozana como una rosa, mientras que todas sus amigas tenían caras imposibles.

La verdad es que estos métodos no son recomendables. La belleza de la mujer vale mucho, y es natural que procure conservarla y aumentarla, pero hay pecado en el orden natural y en el religioso á sacrificarlo todo á esa deidad. No es lícito que el tiempo que se puede emplear en instruirse, en cuidar de la familia, en hacer bien á los demás, lo gaste una mujer en la cama sólo para evitar que le salga una arruga. Después de todo, hágase lo que se quiera, la vejez implacable llega, y ya entonces no hay remedios ni cosméticos para detener sus progresos. Higiene, alimentación apropiada, vida de orden y de virtud, he ahí los principales secretos para ser hermosa y permanecer en ese estado mucho tiempo.

Cuando á fuerza de estar expuesta al aire libre, ó al volver del mar ó del campo, tiene la mujer un tanto quemado el cutis, conviene lavarse por la noche con una infusión en frio de pepinillos nuevos, (cortados en rebanadas) en la leche. Un baño de salvado contribuye también á obtener este resultado. Lo mejor es sin embargo, conforme al principio antes sentado, dejar que el tiempo produzca su efecto.

Para las pecas no hay en realidad remedio artificial pues estas manchas, desesperación de las rubias, dependen de la sangre, casi siempre de cierta cantidad de hierro en exceso que hay en ella. La verdad es que cuando una joven toma hierro por ser anémica, no tarda en llenarse de pecas. Varios médicos recomiendan el uso de las zanahorias para conservar fresco y lozano el cutis. Esa legumbre es en realidad un específico para el caso. La baronesa de Staffe recomienda sopas de zanahorias, sopas de cuaresma, sin caldo, para las mañanas, en vez de café ó chocolate. Y como pan, el de centeno.

Una de las cosas que más afean el rostro son las verrugas; pero no puede procederse á extirpalarlas sin consultar al médico, pues si bien las excrescencias puramente carnosas del cutis se pueden atacar sin inconveniente, no ocurre lo mismo cuando se trata de ensanches de vasitos sanguíneos.

Las verdaderas verrugas pueden quemarse con piedra infernal, procurando que no quede marca, ó bien cortarlas de un golpe, cauterizando la raíz, ó bien atarlas con un hilo de seda que insensiblemente va penetrando en ellas hasta hacerlas caer. Cuando la verruga está en el cuero cabelludo, es imprudente quemarla con piedra infernal, porque entonces ocurre que altera también la raíz del pelo en ese punto y cuando vuelve á salir está blanco.

El polvo de pizarra calcinada en el fuego y empa-



FIG. 2.—GRUPO DE MODELOS DE PRIMAVERA



FIG. 3—TRAJE DE CREPÉ AMARILLO

pado con vinagre hace caer las excrecencias del cutis.

Otro consejo: cuando se tenga una verruga, no se ande manoseándola constantemente, pues de esta manera sólo se logrará que aumente de volumen.

Lo más grave en materia de cutis del rostro son las enfermedades interiores que los llenan, sea de ex-

crecencias, de barros, de empeines ó con el horrible y molestísimo eczema. Los pequeños empeines harinosos que aparecen en el rostro pueden tratarse con fricciones de zumo de limón. Los empeines vivos ceden al empleo del zumo de fresas. Para el eczema se recomiendan las cataplasmas de fécula de papa, así como los diferentes depurativos. Las personas que lo padezcan, harán bien en usar con mucha moderación de los licores alcohólicos y en proibir de su mesa el pescado. El uso de cebollas en la alimentación parece ser muy útil para conservar la limpieza y frescura del cutis.

Más ta vez aún que las verrugas, el bozo y la barba, así como el bello en los brazos, llenan de desesperación á muchas mujeres, jóvenes y viejas. La mayor parte de las sustancias que se venden por los boticarios y perfumistas para corregir este defecto, son nocivas y pueden ochar á perder el cutis. Hoy se emplean dos medios eficacísimos: uno es arrancar el pelo con las pinzas del tocador. Cógesele y tirase de un golpe seco y enérgico, pues de lo contrario se le rompe. Esto pica un poco pero el dolor no tarda en calmarse. En América del Norte (patria del método) en Londres, París y otras grandes ciudades, hay actualmente gabinetes donde se quita este molesto vello por medio de la electricidad. Una corriente eléctrica aplicada á cada pelo lo hace saltar con su raíz, de modo que no vuelve á reproducirse, mientras que con las pinzas nace otra vez. El procedimiento eléctrico tiene sin embargo la desventaja de ser largo, caro y de no poder aplicarse en las poblaciones pequeñas.

La baronesa de Staffe recomienda á las personas de piel grasa lavarse el rostro una vez ó dos al mes con vino blanco las rubias y vino encarnado las morenas. El agua de pepinillos verdes es excelente para el cutis, así como el caldo de habas. En los países del Norte de Europa, donde las mujeres se distinguen por la belleza de sus carnes, se usa la espuma de cerveza para lavarse la cara, pasando después agua.

Si se trata de personas de piel floja, úsese un cosmético compuesto de leche y aguadiente de cereales por partes iguales. Se humedece el rostro con una toalla húmeda mojada en esa mixtura, después de lavarse y al acostarse. Al cabo de algunos meses, un año quizás de este tratamiento, la piel se contrae suficientemente y acaba por adquirir suavidad y firmeza.

La indicada autora recomienda para los cutis secos sea la manteca de cacao, sea la leche con un poco de zumo de limón. Hay que untarse por la noche al ir á la cama, lavando al día siguiente con agua fresca, pero no fría. Estos distintos preparados pueden servir tanto para el cutis del rostro como para la piel de los brazos y manos.

En cuanto al empleo de los polvos de arroz debe ser ligerísimo, tanto que no se conozca que los hay en el rostro y solo en algunas ocasiones cuando se va á estar expuesta al calor ó durante el estío. De lo contrario, el uso constante de los polvos, cerrando los poros, echa á perder el cutis. Por otra parte es soberanamente ridículo andar con la cara como si la hubieran metido en un costal de harina. En lo que toca á las mujeres que después de lavarse se untan el rostro con un cuerpo grasoso, vaselina ó cold-cream y encima se aplican polvos de arroz, impidiendo las funciones de la piel, podemos asegurarles que lo pagarán muy caro, mostrando á los treinta años caras completamente envejecidas.

RECETAS UTILES

—Para quitar las manchas de grasa de los pavimentos basta cubrirlos perfectamente con una capa algo gruesa de cera amarilla derretida, repitiendo varias veces esta operación; la cera acaba por absorber toda la grasa. el pavimento queda sin mancha alguna.

—Para limpiar las hojas de los cuchillos nada es más útil y sencillo que el polvo muy fino de piedra pómez, puede usarse también para el mismo objeto, el ladrillo inglés ó el cilindro de esmeril.

—Los cubiertos de plata se limpian fácilmente con carbonato de cal empapado con alcohol; se cubren con una capa de esta preparación, que se deja secar algunos minutos, se aclaran después en agua de jabón tibia, y en seguida se frotan con una piel fina.

—Los trastos de porcelana que se rompen, se pegan muy bien con la siguiente composición, que es excelente. Se hace una solución de goma arábiga, no muy espesa, y se mezcla con yeso de París, hasta darle la consistencia de pasta. Se aplica con un pincel á los bordes de la rotura, y se mantienen dos ó tres días bien unidos por medio de un hilo fuerte. La pegadura queda muy sólida.

HIGIENE QUE DEBE PREVALECEER PARA CURAR LA ENFERMEDAD CUTÁNEA LLAMADA EMPEINE Ó SARPULLIDO.

Cuantas señoras y señoritas se ven sorprendidas en el esplendor de su belleza, por granos y pústulas que causan picazón, y están reunidos en costras más ó menos anchas, comunmente rodeadas, sobre las cuales se forman en seguida escamas ó úlceras. El empeine ó sarpullido cambia con frecuencia de sitio; tiene una marcha crónica y puede invadir todas las partes de la piel. Una predisposición hereditaria favorece su desarrollo. Los vestidos de lana aplicados sobre la piel, la falta de aseo, las bebidas alcohólicas favorecen su desarrollo. Los alimentos deben ser de digestión fácil tales como leche, carnes frescas, legumbres y frutas. Se abstendrán rigurosamente de carnes y pescados salados y ahumados, en una palabra, de todas las sustancias ácidas y estimulantes, y todos los días harán ejercicio moderado. A estos medios puramente higiénicos añadirán el uso de tisanas depurativas y amargas.

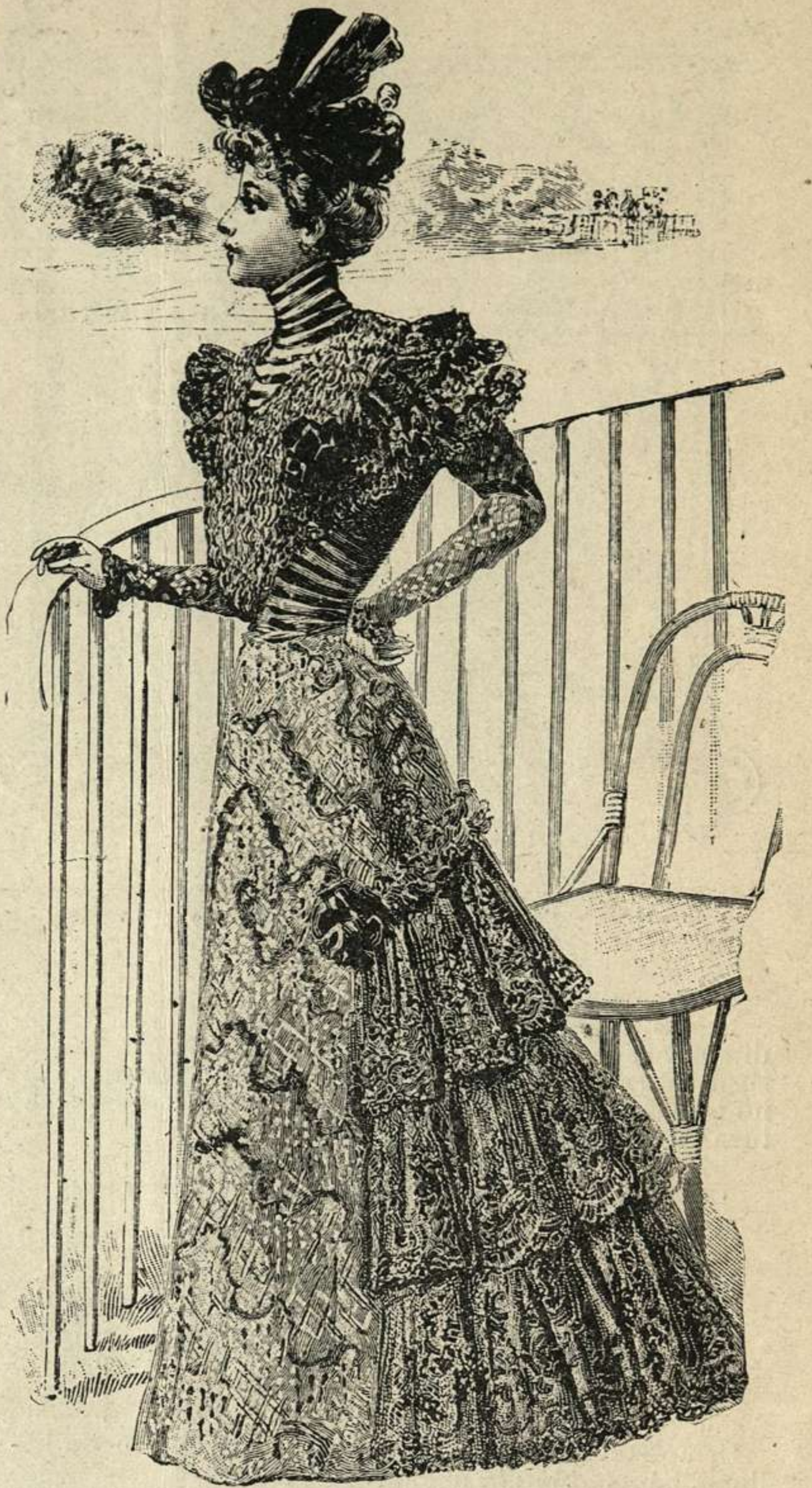


FIG. 5—TRAJE DE TAFETÁN NEGRO

Ademas, se purgarán dos ó tres veces por mes con el agua de Sedlitz, citrado de magnesia, etc.

Este régimen y este tratamiento bastan con frecuencia para hacer desaparecer el sarpullido. Si en el transcurso de seis meses no se ha encontrado alivio, lo más eficaz es recurrir á la fórmula siguiente:



FIG. 4.—GASA PROCHÉ CON ENCAJES DE CHANTILLY



FIG. 6.—COMBINACION DE TAFETÁN Y GUIPURE

Nuestros grabados

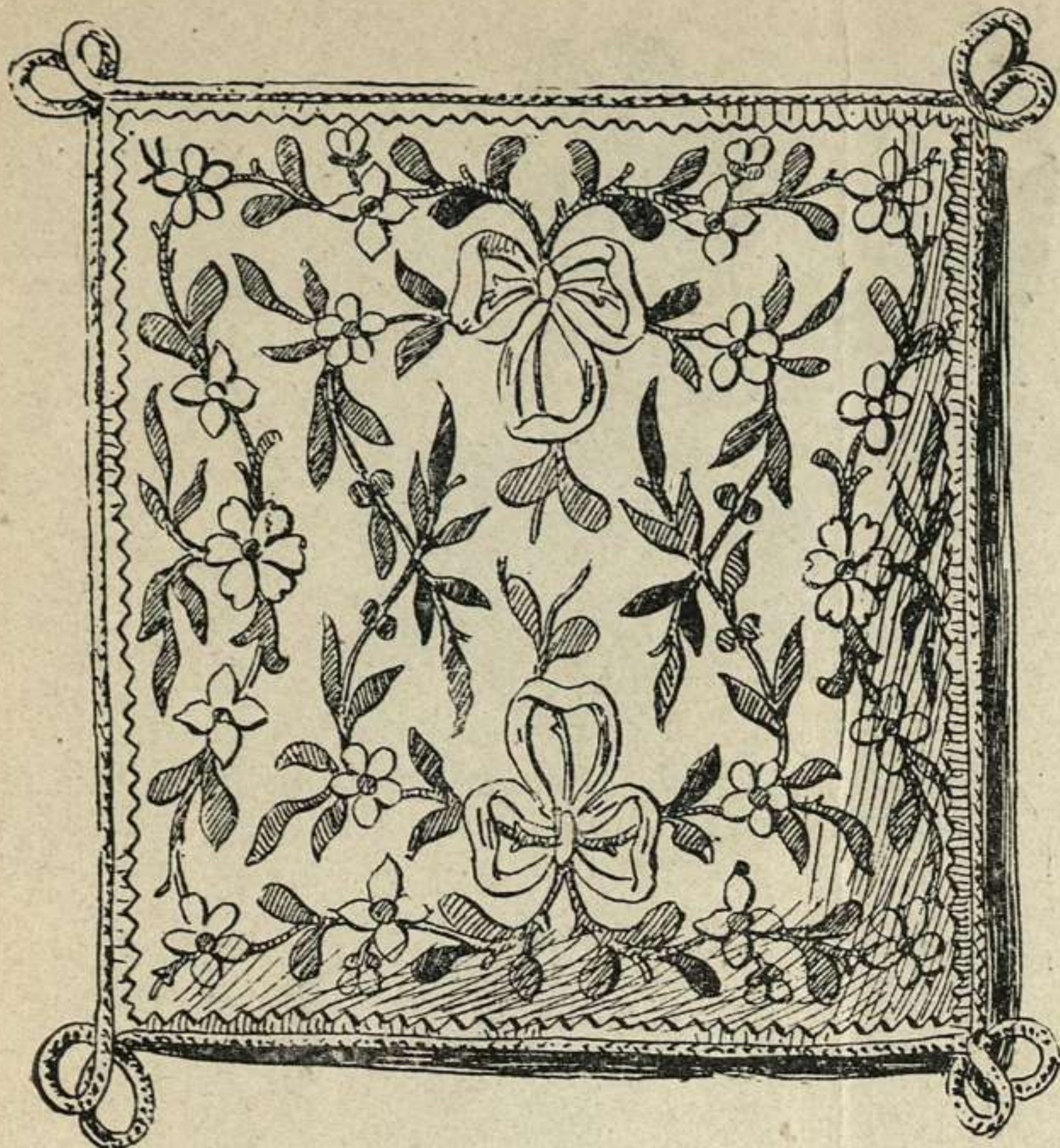


FIG. 8.

POMADA PARA EL EMPEINE Ó SARPULLIDO

Pomada pura azufrada.....200 gramos.
de brea.....100 "

Frotar la parte enferma con suavidad. Este procedimiento se ejecutará al ir á acostarse. A la mañana siguiente se lavará con agua tibia si no se tiene á mano tomar baños procurando siempre que la temperatura no sea muy elevada.

COSMÉTICOS PARA CONSERVAR FRESCO EL CUTIS Y CONTRA LAS GRIETAS

Derritarse al baño María, todo junto.

Cera virgen.....12 gramos.
Blanco de ballena.....16 "
Aceite de almendras dulces.....30 "
" de oliva virgen.....30 "
" de adormidera.....20 "

Completamente fundida la cera y el blanco de ballena, bátase bien la mezcla y añádase:
Bálsamo del Perú líquido, 8 ó 10 gotas. Poner en botes antes de enfriarse.

Se aplica por la noche al acostarse con una esponja fina ó la punta de los dedos.

Con este cosmético se conserva la frescura y la suavidad del cutis: es tal vez el mejor de los conocidos.

COSMÉTICO PARA LA CONSERVACIÓN DE LA PIEL.

Mezclar intimamente, por agitación en un frasco.

Aceite de la semilla del sésamo.....100 gramos.
" de almendras dulces.. 100 "
Esencia de lavanda..... 5 "
" de romero..... 5 "

Muy buen cosmético, eficaz contra el atezamiento, la rubicundez, las afélicas, etc. Suaviza y blanquea el cutis.

—Piensa todo lo que dices y no digas todo lo que piensas.

—¡Admirable providencia de Dios! No dar las grandes penalidades á las almas pequeñas.

FIG. 1.—SOMBRERO ROXANA.

De paja de Suecia, levantado graciosamente en ambos lados, en el de la derecha sobre un lazo muy gracioso de raso negro.

Una gran banda de tul, muy suelta detenida al frente por una elegante hebilla, rodea la copa—Sobre esta última, cargado ligeramente hácia la derecha, un gran lazo con flores de azahar ú otras pequeñas.

FIG. 2.—GRUPO DE MODELOS DE PRIMAVERA.

Son cinco encantadoras figuras las que damos con este número, las cuales, refiriéndose á diversas prendas de ropa dan una cabal fisonomía de los rumbos que toma la moda en la estación actual.

Llamamos sobre todo la atención de nuestras lectoras, sobre los sombreros que están hoy en boga, todos redondos, de paja de Suecia con grandes mazos de flores y aplicaciones de tul.

Los trajes llevan sencillas aplicaciones bordadas y van en lo general chifoneados de muselina de seda. Faldas lisas, de medio vuelo y cinturones de satén.

FIG. 3.—TRAJE DE CREPÉ AMARILLO.

Los trajes amarillos son cada día más *fashionables* y los hechos de crepé de China son muy atractivos.—El que designamos con el número 3 es de amarillo plata pálido y todo el cuerpo está bordado de blonda blanca. El cuerpo es blusa, abierto á un lado abriéndose sobre un plastrón de muselina de seda. Dos tiras de crepé de China bordado se cruzan sobre otros dos, ambas paralelas sobre la falda, uniéndose en dos tiras poligonales en el borde posterior de la misma.

FIG. 4.—GASA BROCHÉ CON ENCAJES DE CHANTILLY.

El cuerpo está casi enteramente plisé mostrando un gran cuello á rayas blanco y negro de satén. Sobre los hombros tres volantes de chantilly—en el talle, muéstrase, así como en la espalda el elegante fondo de satén ravado.—Toda la falda bordada de chantilly á grandes volantes.

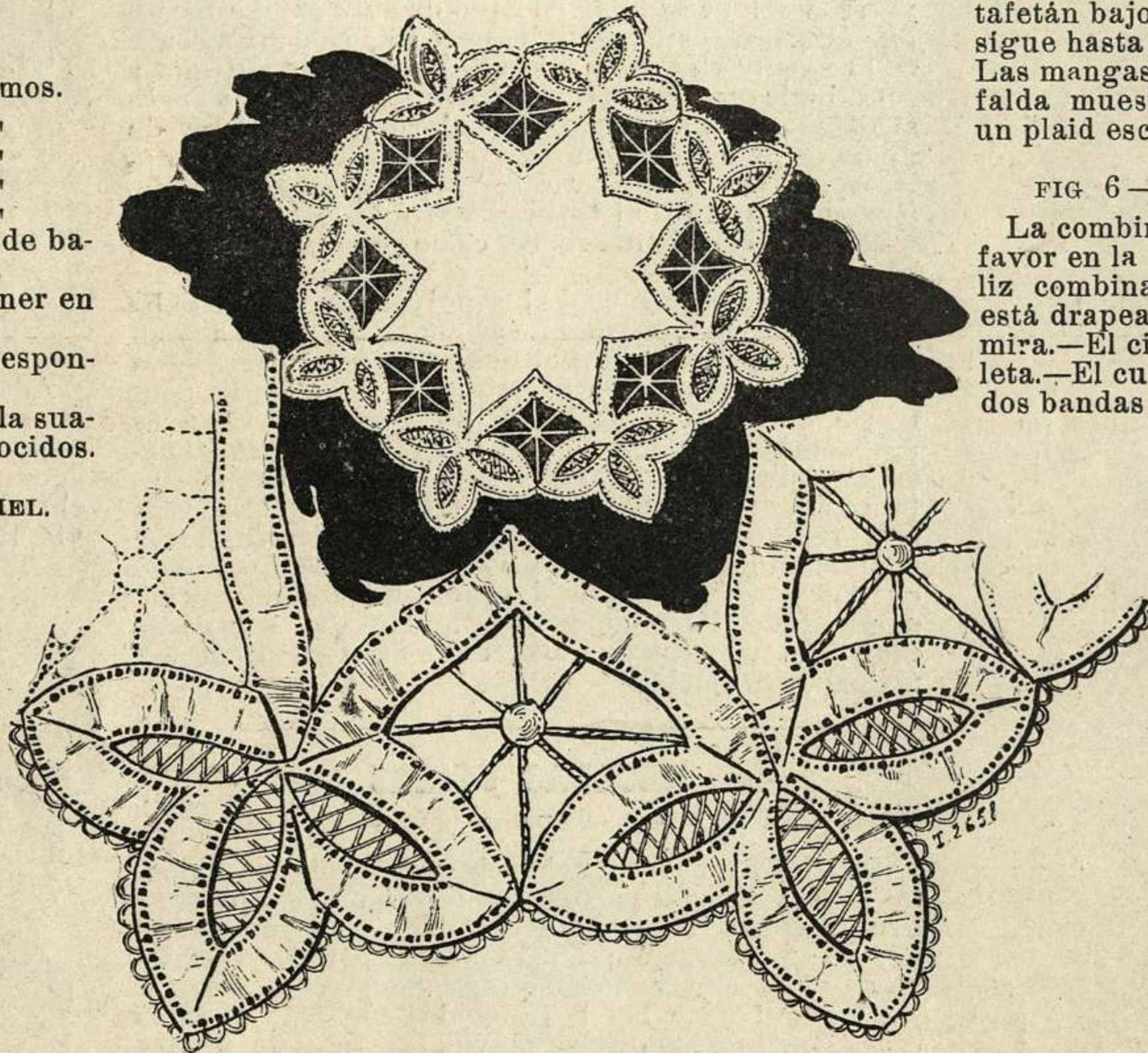


FIG. 10



FIG. 9

FIG. 5.—TRAJE DE TAFETÁN NEGRO.

Es un modelo de gran efecto, hecho para lucir en la estación. El cuerpo tiene la forma de blusa y es de tafetán bajo gran aplicación de guipure amarillo que sigue hasta los hombros y descende sobre el pecho. Las mangas son de un sobrio y hermoso modelo. La falda muestra en la basquirá y en el límite inferior un plaid escocés y tiene adornos de cinta de seda.

FIG. 6.—COMBINACIÓN DE TAFETÁN Y GUIPURE.

La combinación de tafetán y guipure obtiene gran favor en la actualidad.—Damos un modelo de esta feliz combinación en número 6—El cuerpo del traje está drapeado en un lado solamente, sobre la cachemira.—El cinturón y la corbata son de terciopelo violeta.—El cuerpo de la falda, drapeado también tiene dos bandas circulares de tafetán.

FIGURA 7.—TRES SOMBREROS Y TRES CUELLOS.

Los tres sombreros de falda redonda, conforme al uso veraniego, según acabamos de decir, ligeramente levantados á la izquierda y con adornos de tul escocés y plumas de avestruz.

El primer cuello es estilo *Dragón* con volante de muselina de seda y blonda; el segundo es abierto con una gran corbata de guipure y el tercero, adecuado al jacquet, estilo sastre, lleva un corbatín de escocés del más sencillo y delicado gusto.

FIGS. 8, 9, 10 y 11.

Damos con estos números algunos modelos sencillos así de trabajos para las damas como de prendas de ropa, última novedad, que por su sencillez no requieren descripción.

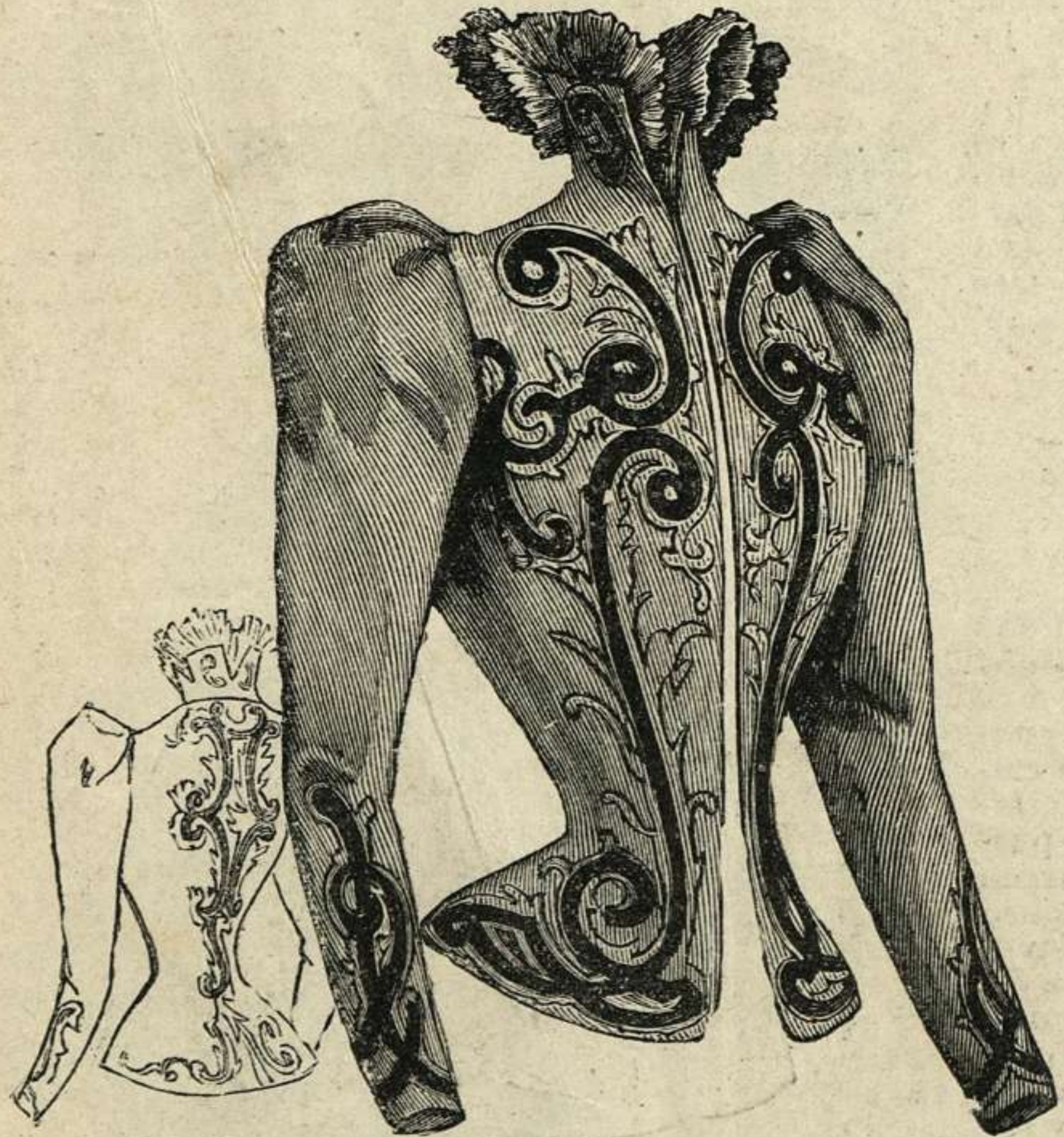


FIG. 11



FIG. 7.—TRES SOMBREROS Y TRES CUELLOS